



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

CASTIGANDO COBARDIAS





COLECCION
COLORADO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.449. — La inocencia de los Miller.
- En Colección CALIFORNIA:
1.296. — El juez pistolero.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
1.318. — Póquer de seis.
- En Colección KANSAS:
1.208. — El rey de la botella.
- En Colección CENTAURO:
634. — El genio del mal.
- En Colección COLORADO:
1.241. — Confesión de una madre.
- En Colección CALIBRE 44:
570. — Mercado de «pools».
- En Colección HOMBRES DEL OESTE:
457. — Astucia de coyote.
- En Colección OESTE LEGENDARIO:
715. — No te fies de ella.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
554. — ¡Matas como un loco!
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.751. — Tejano por encima de todo.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
484. — Barriendo el Pandhale.
- En Colección HEROES DEL OESTE:
1.189. — ¡Maldita ciudad!

M. L. ESTEFANIA

CASTIGANDO COBARDIAS

Colección COLORADO n.º 1242
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02511-0

Depósito legal: B. 20.634-1981

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: agosto, 1981

© M. L. Estefanía - 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Campa y Fabrés, 5, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N 152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Betsy y Jerry entraron en Seattle.

Había varios barcos en los muelles, cargando madera.

Betsy embobada, los contemplaba curiosa.

—No había visto un barco en mi vida —confesó.

—Si te quedas aquí, verás muchos y muy distintos —respondió Jerry—.

Pero ahora, pequeña, lo que debieras observar es a cuantos se cruzan con nosotros o a quienes nos contemplan, curiosos... Es posible que consigas reconocer a quienes os atacaron y asesinaron a tu padre o a los compañeros de los que me vi obligado a matar...

La joven, en silencio, obedeció la indicación del joven, poniendo su atención en quienes se cruzaban con ellos.

Entraron en un local para preguntar por el tío de Betsy.

—Tiene una gran casa en el bosque —les dijo el barman, que era a quien preguntaron—. Aunque suele pasar algunas temporadas aquí, en la oficina.

Después de varias preguntas más, el barman, reclamado por otros clientes, se alejó de los jóvenes, que conversaron entre ellos con animación.

—¿Dónde vas a vender las pieles, Jerry?

—Encontraremos algunos almacenes, en los que interesen.

—Quiero que vengas conmigo a casa de mi tío.

—Tal vez no le agrada a él.

—Eso no me importa.

Seguían hablando entre ellos, y se presentó un hombre, vestido de vaquero, que dijo:

—¿Es cierto que han preguntado ustedes por Leopold Hosston?

—Así es —respondió Jerry.

—Soy vaquero de su rancho. Pueden venir conmigo, si tienen montura.
—Tenemos un carretón a la puerta —añadió él.
—Pues cuando quieran puedo llevarles hasta él.
—Primero quisiera vender unas pieles que he traído.
—Pueden venderlas en casa de Pamela.
—¿Algún almacén? —inquirió Jerry.
—Almacén y saloon. Tiene varias mujeres trabajando con ella.
—Entonces, debe quedarse Betsy en el carro. No entrará.
—No debe hacerlo; aunque está vestida de hombre, se aprecia en ella que es bonita.

Se puso muy colorada Betsy, al oír hablar así al vaquero.

Miró a Jerry, pero éste miraba en otra dirección, y no se dio cuenta.

Salieron del bar en que se hallaban, y se encaminaron al almacén de Pamela, siguiendo las instrucciones que les había dado el vaquero.

Ante la puerta del almacén había dos mujeres, apoyadas en el quicio de la misma.

Les miraban con esa indiferencia de las personas acostumbradas a ver extraños.

—No te muevas de aquí —dijo a Betsy.

Y Jerry ascendió los cuatro escalones que había hasta la puerta.

—¿Alguna de vosotras es Pamela? —preguntó Jerry.

—No, está dentro.

Entró Jerry, y se encaminó a la mujer que estaba sentada en una mesa, y que le miraba con curiosidad.

No había duda de que se trataba de la dueña, por el modo de vestir y por su actitud.

—¿Es la dueña de esta casa?

—Yo soy, ¿qué es lo que quieres? Si lo que te propones es beber sin pagar, será mejor que te ahorres palabras porque he venido de muy lejos para ganar dinero, y no para regalarlo a unos y a otros.

—Tengo unos fardos de pieles. Soy cazador, y no he podido ir a casa de Arthur Gilner, en Stanwood, que es quien me compra siempre.

—Si las pieles merecen la pena, es posible que me quede con ellas, siempre que el precio sea razonable.

—Si no tiene costumbre de comprar, será mejor que busque otro sitio donde vender.

—Te he dicho que, si las pieles son buenas, me quedaré con ellas. He vivido en Alberta y Manitoba. En Saskatchewan pasé una temporada entre peleteros. Conozco las pieles, y no es fácil engañarme.

—Está mejor así —dijo Jerry—. Son visones azules, zorros plateados y alces. Alguna de oso, y otras de menor importancia, pero de las primeras traigo cantidad. ¿A cómo pagas cada una?

—Será mejor que las vea. Tú sabes que hay gran diferencia de unas a otras, aun siendo de la misma clase.

Jerry, sonriendo, replicó:

—Me parece que es cierto que sabes lo que son pieles. Si hubieras dado precio, me habrías defraudado.

Y Jerry salió para volver a los pocos minutos con una carga de fardos.

Pamela se puso en pie y, acercándose al mostrador, dijo a Jerry:

—Abre uno de esos fardos, sólo uno.

Así lo hizo Jerry, rodeado ya de muchos curiosos.

Los testigos mostraron su admiración, pero Pamela permanecía impasible, aunque sus manos recorrían las pieles con cariño.

—Creo que puedo darte hasta cinco billetes de los grandes por todas estas pieles, y no te negaré que pienso ganarme con ellas otros cinco para mí.

Jerry estaba seguro de que era un buen precio.

—No quiero discutir y, como me hace falta el dinero, tuyas son. Me agrada tu sinceridad.

—No estarás hablando en serio de que piensas dar esa cantidad por esas pieles —dijo uno de los testigos y que, por su aspecto, comprendió Jerry que no era de los que trabajaban en la madera.

—Pues es cierto que pienso pagar esa cantidad, y ganaré mucho con ellas.

—No entiendes una palabra de estas cosas, Pamela. Fíjate con qué rapidez te ha dicho que son para ti. Yo no me dejaría engañar de ese modo.

—Es ella la que me ha ofrecido, y he aceptado, pero si no quiere seguir adelante, y desea volverse atrás, está a tiempo.

—Soy yo la dueña de mi dinero y he dicho que te pagaré cinco mil dólares. No tardo en salir con el dinero. Puedes dejar las pieles aquí mismo. Yo las

enviaré a quien sabe mucho de esto, y me agradecerá que le mande ejemplares tan hermosos como hay aquí. Tú no tienes idea de lo que son las pieles, de las penalidades que pasan estos hombres, y de la calidad de las mismas —dijo Pamela, al tiempo de marchar de allí.

—Bien has sabido engañarla —siguió el que había hablado.

—Ella sabe mucho mejor que tú lo que son pieles.

—He sido cazador mucho tiempo.

—No lo demuestras, o hace mucho tiempo ya —dijo Jerry.

—No te daría ni la mitad, y estaría muy bien pagado, y tú lo habrías soltado lo mismo.

—No lo creas, y ya he dicho antes que, si no quiere comprarlas, que lo deje. Encontraré otro comprador.

—Eso es lo que le ha convencido a ella para comprar. He de reconocer que sabes lo que haces.

La aparición de Pamela hizo que callara.

—Aquí tienes el dinero. Cuéntalo.

—Supongo que no te habrás equivocado y si es más, te lo devolveré tan pronto como me dé cuenta de ello. ¿Conoces a un tal Leopold Hosston?

—Ya lo creo. Viene a diario, con su socio: Teo Benton. ¿Es que le conoces?

—He traído a alguien que le interesa —y Jerry bebió el vaso de *whisky* que le habían servido, a indicación suya.

—Sigo diciendo que eres tonta, Pamela. Fíjate en que ni ha contado el dinero. Si le hubieras dado la mitad, te las habría dejado lo mismo.

—Ya lo sé, pero sería un robo, y ya sabes que una de mis virtudes es la de no admitir a los ladrones en esta casa. Voy a ganar lo mismo que él, y él ha sido el que ha pasado las calamidades hasta conseguir las pieles. No sabéis nada de lo dura que es la vida de estos hombres que se van acabando. Ya quedan pocos cazadores, y, de la edad de éste, es posible que no quede otro.

—Te digo que no entiendes una palabra de pieles y, además, no sabemos si las ha cazado él. Pudiera ser el fruto de un botín...

El puño de Jerry, al caer en la boca del difamador, lo tumbó encima de una mesa que estaba a su espalda.

Cuando quería reaccionar de este golpe, recibió otro, y luego otro, y muchos más.

Lo cogió al final y, levantándolo con facilidad, lo sacó hasta la calle. Allí lo lanzó hasta la otra parte de la misma, donde, a consecuencia de los golpes, quedó inconsciente.

—Esto es para que le sirva de lección.

El dueño del bar que había frente a la casa de Pamela, entró también, diciendo:

—Vengo para conocer de cerca a quien ha sido capaz de echar a ése como si se tratara de un muñeco. Has de tener una fuerza poco común, pero me parece que Pamela debía aconsejarte que te marches de aquí antes de que vuelva en sí, pues no creas que se va a conformar con lo que ha pasado.

Betsy no se atrevía a entrar, pero la vio Jerry y le dijo que lo hiciera.

—¿Quieres tomar un poco de cerveza?

—Sí.

Pamela la miró con detenimiento al oírla hablar, y dijo:

—¿Por qué vistes como los hombres?

—Estoy más segura así.

—Es la sobrina de Hosston, ¿le conoces? —dijo Jerry.

—Ya lo creo que lo conozco. Y a su socio. Los dos suelen venir por aquí a divertirse. ¿Hace mucho que no ves a tu tío?

—No lo he visto nunca, no lo conozco. Mi padre, que venía conmigo, murió en el camino, en un ataque que sufrimos. Yo resulté herida de gravedad y gracias a que Jerry me ayudó, llevándome a su refugio de la montaña, me he curado.

Pamela miró a los dos jóvenes, y comentó:

—Comprendo. ¿Hace mucho que pasó eso?

—Varias semanas —respondió Jerry.

—Habéis estado solos y juntos, ¿no es eso?

—Sí.

—Me doy cuenta.

Pamela se inclinó hacia los jóvenes, aupándose en el mostrador, y dijo en voz baja:

—No te fíes de tu tío. Es demasiado joven aún, y yo sé cómo es para las mujeres. Tú eres demasiado bonita. Su socio me gusta menos aún. Creo que no debías quedarte con ellos.

—No tengo a nadie que no sea él, y nos mandó llamar.

—Dice que es hombre rico —dijo Jerry.

—Eso es cierto. Se han quedado con los bosques mejores, a fuerza de prestar dinero a los madereros y no dejarles que saquen la madera del bosque para que tuvieran que vender en poco más.

—Estás dando a entender que son unos granujas.

—Eso es precisamente lo que son, y lo que quiero decir. Soy la única que se atreve a hacerlo. Los demás les tienen miedo, sobre todo a Teo, que maneja muy bien el revólver.

Betsy miraba, en silencio, a Jerry.

—Creo que deberías volverte a la montaña con este muchacho, y serías muy feliz. Si cada año consigue pieles como las que ha traído, podéis retiraros muy pronto, y adquirir un buen rancho para vosotros.

No pudo responder ninguno de los dos, porque entró un hombre elegantemente vestido que, mirando a Jerry, le dijo:

—¿Eres tú el que ha preguntado por Hosston?

—Sí —dijo Pamela—, ha preguntado por tu socio. Ésta es la sobrina de Leopold.

Teo, pues él era, miró con atención a la muchacha, y contestó:

—¿Por qué vienes vestida de hombre?

—Fue idea de mi progenitor para que no tuviéramos contratiempos en el camino, pero mataron a mi padre hace dos meses. Yo resulté herida. Gracias a este muchacho, estoy viva aún.

—Bien, ya le pagaremos por su acción. Ahora vas a venir conmigo para que tu tío te vea. Te esperábamos hace tiempo. Es una contrariedad y un disgusto que mataran a tu pobre padre. Le habría gustado verte cómo vas a estar. Serás la envidia de todas las mujeres de Seattle, y esta ciudad será dentro de muy poco, una de las más importantes del Noroeste. Vamos, tú puedes quedarte aquí. Ya vendré a buscarte para gratificar las atenciones que hayas tenido con ella.

—No pienso ir con usted a ningún sitio. Ha de ir Jerry a visitar a mi tío.

—Pero si tu tío está en el rancho que tiene cerca de la ciudad y al...

—No iré si no me acompaña Jerry. Debe evitarse el discurso.

Pamela se reía y Teo se dio cuenta de ello.

—Está bien, yo avisaré a tu tío.

Y salió, sin despedirse.

—Te has creado un buen enemigo, y eso que no has hablado nada —dijo Pamela a Jerry.

—No me importa, pero me desagrada.

—Ya os advertí que no debía quedarse aquí.

Nada dijo Betsy, pero miró a Jerry.

—No creo que pase nada —dijo Jerry—. Hemos de hablar con tu tío.

—No tardará en venir, pero Teo le habrá advertido lo que tiene que decir. Hace todo lo que Teo quiere.

—Tengo apetito... ¿No podrías darnos de comer?

—Sera mejor que marchéis a otro sitio. No tardarán en llegar los madereros, y esta muchacha, aquí, es un peligro —opinó Pamela.

—Gracias. Eres una buena chica —dijo Jerry.

Así lo entendió también Betsy, que abrazó a Pamela.

—Lamento no poder quedarme aquí.

—Esperad —dijo Pamela—. Podéis quedaros, pero en mis habitaciones. Allí os llevarán la comida.

CAPÍTULO II

Los dos aceptaron, encantados, y Pamela se encargó de que atendieran a los animales.

Pamela pasó a hacerles compañía, y estuvieron hablando los tres durante mucho tiempo.

A la hora de la comida, la tomó con ellos también.

—Hoy soy feliz —decía—. Me encuentro muy sola entre tanta gente como hay siempre en mi casa.

Después de mucho tiempo, volvió a hablar del tío de Betsy:

—Es un hombre poco apreciado, aunque sí temido. Le van a hacer *sheriff* de la ciudad, y a Teo le harán juez o alcalde. Se han empeñado en hacerse los dueños de Seattle, y lo van a conseguir.

—¿Les conocías, antes de venir aquí?

—A Teo le he visto en varios centros mineros. Era un ventajista. Se lo he dicho a él, aunque asegura que no ha estado en las ciudades de que le he hablado.

—¿Y al tío de Betsy?

—No. A ése no le he visto antes de llegar aquí, pero creo que ha andado por San Francisco y otras ciudades de California. Ha debido ser un tipo parecido a Teo. Los dos manejan bien el «Colt», y son unos verdaderos artistas con los naipes. No me agrada que se pongan a jugar aquí.

—¿Es que no hay ventajistas en tu casa?

—No los necesito. Están incomodados conmigo, por ello, pero no importa. Vivo y gano sin necesidad de tener que estar robando a los muchachos. Me basta con lo que dan por la bebida y por el baile.

—¿Es que pagan por bailar también aquí? —dijo Jerry.

—Es mi mejor ingreso. Estoy esperando a una cantante que me han dicho que es muy buena. Llega en el barco de San Francisco, mañana o pasado. Si es cierto lo que me han escrito sobre ella, tendré que poner paredes de hierro para que no revienten con la gente que va a venir.

Jerry, que estaba mirando al techo, dijo:

—Ya veo que has reforzado el tejado, hasta en tus habitaciones.

—Lo hicieron sin consultar conmigo, cuando encargué que lo realizaran en el salón, porque todos celebran su alegría y entusiasmo, disparando las armas.

Betsy miraba, sorprendida, a Pamela.

—Sí. Cada vez que se alegran, disparan los «Colt» hacia el techo. Por eso he puesto tablas gruesas para que aguanten, y no me dejen sin tejado, o con el tejado lleno de goteras; pues en los días de lluvia no podríamos estar en él.

—Es costumbre de los vaqueros —comentó Jerry.

—Y todos estos madereros han sido *cowboys* antes. Tienen la mentalidad de ellos —replicó Pamela.

Habían terminado de comer, y seguían conversando, cuando se presentaron Teo y el tío de Betsy.

Era un hombre de unos cuarenta años, y tan bien conservado que representaba muchos menos.

—¿Eres tú mi sobrina? Me llamo Leopold Hosston —dijo.

—Yo soy. —Y Betsy no se abrazó, como sería de esperar, a su tío.

Pero él lo hizo con ella, diciendo:

—Lamento mucho lo que ha pasado con mi hermano. Pero no temas, estarás aquí como una reina. Os hice venir para que terminaran las calamidades que me decía mi hermano, en sus cartas, que pasabais. Veo que no me mintió en lo que decía sobre tu belleza. Cuando te vistas como está Pamela, serás la mujer más bonita del Noroeste.

—Fue al saber lo bonita que era tu sobrina cuando llamaste a tu hermano, ¿verdad? —dijo Pamela.

Se puso muy serio Leopold, y dijo:

—No me gusta que se gasten bromas con asuntos tan delicados.

—Es que te conozco. Ya la he advertido noblemente que se cuide de ti y de tu socio.

—Vas a terminar por enfadarme, Pamela, y entonces...

—Te creo capaz de disparar sobre mí, pero sabes que los muchachos te colgarían, de ser así. También éste sería capaz de eliminarme, si no existiera ese peligro, pero debéis tener cuidado. Esta muchacha no está sola. Me tiene a mí y tiene a este muchacho, que la ha salvado de morir.

—¡Ah, es verdad! Ya no me acordaba de que es mucho lo que te debo.

—Ya le he dicho que le daríamos una gratificación —medió Teo—. ¿Qué te parece cien dólares?

Pamela se echó a reír a carcajadas.

—Cien dólares. ¿Sabéis lo que le he pagado por las pieles que me ha traído? Cinco mil dólares. Ello te indica que no necesita esos cien dólares que le ofrecéis. Sois unos miserables, los dos. Salid de estas habitaciones; esto no es el saloon. Cuando les encontréis fuera de estas habitaciones, hablaréis con ellos. Ahora, fuera, largo de aquí. No quiero que infectéis esta casa, con vuestro aliento.

Pamela se había puesto en pie, e hizo sonar una campana, acudiendo dos criados en el acto.

—¿Qué le pasa? —dijeron.

—Poned a estos dos en el saloon, y que no vuelvan a entrar en estas habitaciones, sin permiso mío. Cuidado con ellos, ya les conocéis.

—No tema —dijo uno de ellos, que ya tenía un «Colt» empuñado—. No harán nada que no deban, ¿verdad?

Mirábanse el uno al otro, pero la actitud de los criados era de las que no dejaban lugar a dudas.

Salieron los dos, y el tío de Betsy dijo a ésta:

—Te espero en el salón. Iremos en seguida a casa.

—Aún no he dicho que esté dispuesta a ello —replicó Betsy.

—Piensa que no tienes más parientes que yo, y que estarás conmigo muy bien. No debes hacer caso de Pamela. Me odia hace tiempo.

—Te desprecio, no te odio. Lo que pasa es que a mí no me asustáis, como sucede con los demás.

—Algún día me cansaré, Pamela.

—Los muchachos se encargarán de ti —dijo Pamela, cuando se alejaban los dos.

Una vez que hubieron salido, decía Jerry:

—No debes enfrentarte así con ellos; pueden enviar un grupo de madereros y provocar la pelea entre ellos. La casualidad fatal puede hacer que te alcance a ti uno de los disparos, y no se podría culpar a nadie.

—Es lo que temo que hagan, pero no sé callar lo que siento, aunque me origine disgustos. Yo les pondré en antecedentes a los muchachos, que me estiman. Si me pasara algo, serían capaces de colgar a los dos y, si lo saben éstos, no creo que provoquen nada en contra mía.

—Cuidado, a pesar de todo...

—¿Qué es lo que piensas hacer? —decía Pamela Betsy.

—Me parece que debo quedarme con él. No creo que, con lo que quería a mi padre, me haga nada malo.

—No debes quedarte con él. Yo le conozco mejor.

—Déjala. Tal vez con ella no se atreva a hacer nada que no sea atenderla, como corresponde a una hija del hermano —dijo Jerry.

Y en esto quedaron.

Cuando salieron al salón, donde estaban los dos socios, decía el tío de Betsy:

—Puede quedarse una temporada en casa, ese amigo tuyo. Comprendo que tienes motivos para estarle agradecida y, siendo así, también he de estarlo yo.

Betsy miró a Jerry, como si le pidiera consejo de lo que debía decir, pero éste no la ayudó.

—Me alegraría que se quedara con nosotros una temporada, incluso hasta es posible que trabajara con nosotros.

—Pero no ganará lo que obtiene con las pieles. Ya has oído a Pamela.

—Es cierto que no ganaré tanto, pero prefiero que...

—¿Y qué es lo que puede importarle a él lo que tú pienses? —decía Teo.

Jerry permanecía callado.

—¿Te animas a quedarte una temporada con nosotros? —le interrogó el tío de Betsy.

—No. Lo agradezco mucho, pero prefiero volver a la montaña, de la que no he debido salir.

—Cuidado, muchacho. Te están esperando en la calle para disparar sobre ti. ¡Y hasta es posible que lo hagan sin previo aviso! —advirtieron a Jerry.

—No quisiera tener que matar a nadie —comentó Jerry, sin conceder mayor importancia al aviso.

—Si no piensas marcharte con ella, es mejor que te quedes aquí, y te haré salir cuando no esté ese cobarde esperándote en la calle —dijo Pamela.

Betsy miró a Pamela de un modo que hizo sonreír y decir a ésta:

—No temas, ya no soy una niña, y, además, está enamorado de ti. ¿Es que no te has dado cuenta?

Todos miraban con asombro, a los jóvenes.

Betsy, sonriendo, miró a Jerry.

—¿Es verdad lo que dice esta mujer? ¿Por qué no me lo has dicho? Me casaré contigo, y volveremos a tu cabaña en el monte. ¡He sido tan feliz!

—No tienes que ir a ninguna parte. Si es verdad que estáis enamorados, podéis casaros aquí, y quedaros a vivir conmigo. Estoy solo, y necesito que me hagáis compañía. Puede trabajar con nosotros, en el bosque. Parece fuerte.

—Y lo es... ¿Es que no lo has visto? —decía Pamela—. Pero lo que deben hacer es volverse a la montaña.

—¡Lo que tienes que hacer tú, es callarte! —gritó el tío de Betsy.

—No riñan —intervino Jerry—. No pienso casarme, por ahora, y regreso a mi cabaña.

Betsy sintió estas palabras en el rostro, como si la hubieran abofeteado.

Primero se puso muy colorada, y después, muy pálida.

—Vamos —dijo a su tío—. Después, enviarás a recoger el carretón y los caballos. Puedes dar una gratificación a este muchacho. Se ha portado muy bien conmigo, y lo merece.

Pamela la observaba con atención, y sonreía oyéndola hablar.

—Gracias —dijo Jerry—, no necesito gratificaciones de ninguna clase. Ni en dinero, ni en persona. Lo que hice no fue para que me lo pagaran. Buenas tardes. —Y Jerry marchó hacia las mesas en que estaban jugando y donde, según lo que había dicho Pamela, no debían hacerse trampas.

Leopold aprovechó este enfado entre los dos jóvenes para llevarse de allí a la muchacha.

Al despedirse de Pamela, ésta dijo a Betsy:

—Lamento haberme equivocado contigo. Él te conoció mejor que yo.

—Sigues metiéndote en lo que nada te importa —dijo Teo.

Betsy nada dijo porque no podía hablar, de la angustia que la dominaba.

Salieron los tres de la casa, y Betsy miró con angustia y cariño al carretón en el que había venido, con su padre primero, y con Jerry, después.

Su tío y Teo no dejaban de hablar de proyectos y de lo que se había hecho en el pueblo, pero ella estaba abstraída en los recuerdos, tan recientes.

Por primera vez, se daba cuenta de que estaba enamorada profundamente de Jerry, y también comprendía que por su reacción de orgullo, le había perdido para siempre.

De tener la seguridad del lugar donde estaba la cabaña, iría en su busca.

Cuando llegaron a la casa que su tío tenía en la ciudad, con las oficinas de los asuntos madereros, Betsy miraba con curiosidad.

—Ésta es la oficina de la compañía que tenemos formada entre Teo y yo. Haré que instalen unas habitaciones para ti, con objeto de que estés más distraída que en el rancho. Teo se encargará de atenderte. Es más joven que yo, y está acostumbrado a las ciudades como San Luis y San Francisco.

—Creo que preferiré estar en el campo y, por lo tanto, en el rancho.

—Ya te pasará el disgusto por el desprecio de que has sido objeto por parte de ese muchacho. No debiste decirle que te ibas a casar con él.

—Ha debido creerse que estás enamorada de él, y ha tratado de reírse de ti —dijo Teo con la peor intención—. No debiste hablar del modo que lo has hecho.

No respondió Betsy, pero estaba ardiendo de ira.

Quería tener oportunidad de demostrar a Jerry que no era cierto que estaba enamorada de él.

Hábilmente, cambiaron los otros de conversación.

Leopold encargó a uno de los criados de la casa que fueran a recoger el equipaje de su sobrina y el carretón.

Pero la sorpresa de todos fue enorme cuando, antes de salir en busca de ello, uno de los criados de Pamela llegaba a la puerta de la casa, con el carretón y lo que era de Betsy.

Esto lo consideró la muchacha como un nuevo desprecio de Jerry, y sentía arder el rostro.

La ciudad se animó con la llegada de un barco, en el que acudían cientos de buscadores para seguir hasta Bellingham en la misma nave, y de los

madereros que se quedarían en Seattle.

Jerry seguía en la casa de Pamela, donde le facilitó una habitación para que el que le estaba esperando se desesperase, al no verla salir.

En el barco, había llegado la cantante que Pamela estaba esperando.

Pamela la había bautizado, antes de que llegase, con el nombre de Ruiseñor, y así era como la conocían los clientes que, durante la semana, habían preguntado por ella.

La joven cantante se presentó en casa de Pamela, rodeada de varios hombres, vestidos con elegancia, y a quienes la dueña miró con el ceño fruncido.

—¿Es usted Pamela? —dijo la joven, por saludo.

—Yo soy —respondió—. Supongo que tú eres la que viene a cantar.

—Así es —respondió—. Me llamo Joan Barrymore.

—Aquí, te llamarás el Ruiseñor —replicó, riendo, Pamela.

—Me gusta ese nombre —dijo Joan—. Es el más bonito que me han dado, desde que me dedico a cantar por teatros y locales como éste.

—¿Dónde lo hacías antes?

—En la ópera, pero no me gustaba.

Los que escuchaban soltaron la carcajada.

Un joven, casi tan alto como Jerry, o quizá alguna pulgada más, entró en el local, y se encaminó directamente al mostrador.

Jerry se dio cuenta de la manera de mirar de Joan hacia ese joven.

—Vaya —comentó uno de los elegantes que habían llegado con Joan—. Está aquí el vaquero que ha dicho, en el barco, que es el mejor *cowboy* del Oeste.

El aludido miró hacia el que hablaba, sin conceder la menor importancia.

—Un doble de *whisky* —pidió en el mostrador.

Volvió la espalda al grupo, y se desentendió por completo de ellos.

Jerry avanzó lentamente hasta colocarse al lado del muchacho.

—Hola —le dijo—. ¿Buen viaje?

—No ha sido malo.

—Has de tener cuidado con esos tipos. Si están molestos contigo, no les importará disparar sobre ti, aunque sea por la espalda.

—Les estoy vigilando por el espejo. Ya sé que serían capaces de ello.

—Son ventajistas, ¿verdad?

—No hay duda. Dicen que van a la nueva cuenca minera, en busca de la fortuna.

—No será con el trabajo. Tal vez con los naipes.

—Desde luego. Es lo que han hecho durante el viaje, y han matado a dos pobres hombres, que venían con ambición de ser ricos, pero con el trabajo honrado de mineros.

—La única que te mira con agrado es esa muchacha que viene a cantar.

—No es éste ambiente para ella.

—Me llamo Jerry Forreman, y soy cazador. Vivo lejos de aquí, sobre el monte Baker. He venido a traer unas pieles y una joven.

—¿Una joven...? Mi nombre es Robert Bevin.

Se estrecharon las manos.

—Parece que ese muchacho ha encontrado un amigo —dijo uno de los elegantes.

—¿Por cuánto tiempo vienes dispuesta a actuar? —decía Pamela a Joan, para distraer a los otros.

—No sé, lo que diga usted. Si me paga bien...

—Te pagaré lo que merezcas. No creas que voy a abusar de ti. Si tú me haces ganar, ganarás a tu vez.

—Creo que me encontraré a gusto aquí.

—Eso es lo que quiero que pase —decía Pamela—. Ven, te enseñaré cuál ha de ser tu habitación, el tiempo que permanezcas en esta casa.

CAPÍTULO III

Cuando la dejó en su cuarto, y Pamela regresó al salón dijo a las otras compañeras de trabajo de Joan:

—Es la muchacha más bonita que he conocido, con la sobrina de ese granuja de Hosston.

—Es muy bonita, sí. Va a haber mucho jaleo, por causa de ella.

—Pero será un río de oro, si es que canta la mitad de lo que es necesario —sonrió Pamela.

Los elegantes se habían sentado a una de las mesas, y hablaban entre ellos.

—¿Qué te ha parecido la cantante? —decía Pamela a Jerry.

—Muy bonita. Y dice este muchacho que ha hecho el viaje con ella, que no es ambiente para esa muchacha. No te ofendas, no ha querido hablar mal de la casa. Lo que quiere decir es que merece estar en un buen teatro.

—¿La has oído cantar?

—Tenía mi camarote junto al suyo, y te aseguro que es un verdadero ruiseñor. Hace lo que quiere con su garganta, y tiene una potencia de voz que no podrá emplear aquí con toda su potencia, o trepidarían las botellas.

El rostro de Pamela se alegró mucho.

—Entonces, va a ser como yo pienso. Y éstos, ¿es que se van a quedar aquí?

—Creo que algunos siguen hasta Bellingham, pero otros se quedan en esta ciudad.

—¿Profesionales del naípe?

—Más bien, ventajistas. Estoy seguro. No hay más que verles.

—Tienes razón —dijo Pamela.

—¿Quieres beber algo, Pamela? —invitó Jerry.

—Bueno. No puedo decir que no, ya que ello sería ir contra mis intereses.

Los tres rieron de buena gana.

—¿Cuándo piensas marchar hacia tu montaña?

La pregunta de Robert extrañó a Jerry.

—No lo he decidido aún, pero no creo que tarde mucho.

—Me gustaría ir contigo, pero he de quedarme aquí, una temporada.

—También me agradaría tenerte por compañero.

—Cuidado. Ahí entra el que apaleaste ayer —dijo Pamela a Jerry.

Jerry se fijó en él, y el aludido entraba con la mano derecha cerca de la culata del «Colt».

—Ahora —empezó diciendo a gritos—, no van a ser los puños los que hablen.

—Será mejor que queden las cosas como están. Lo digo por bien tuyo.

Las palabras de Jerry hicieron sonreír a Robert.

—He venido dispuesto a matarte. No has salido desde ayer, porque Pamela se dio cuenta de que, si lo hacías, morirías en la calle.

—Eso quiere decir que eres un cobarde, y que estás dispuesto a traicionarme, ¿verdad?

—Pero has entrado por sorpresa para colocarte ante él con ventaja —dijo Robert.

—De nada le servirá esa ventaja que él supone tener, y que le va a conducir a una muerte cierta.

—Eres más fanfarrón que alto, y esto lo eres mucho. No es posible que yo pueda fallar en un cuerpo como el tuyo.

—Si es que puedes disparar —dijo Robert.

—¿Es que te vas a meter en lo que no te importa, muchacho?

—Todo lo que no sea leal me molesta, y has entrado por sorpresa, con la mano cerca del «Colt». Eso es de cobardes y traidores, y ya ves que te digo esto con los manos muy lejos de mis armas.

Las palabras de Robert hacían sonreír a Jerry.

—Lo que pasa es que le estáis distrayendo —medió uno de los elegantes—. Y eso, en el Oeste, se llama traición.

—¿Estabas deseando tener la oportunidad para meterte conmigo? Debes ser el más rápido del grupo, y seguro con las armas, ¿no? Sentiría que no fuera

así porque, cuando decida matarte, me agradará saber que eres en el que tienen más confianza tus amigos.

Jerry admiraba la serenidad de Robert.

—Durante el viaje en el barco no te he matado porque el capitán se encariñó contigo, y nos dijo que nos colgaría si te pasaba algo, pero ahora no estamos en el barco, y eres el que me está provocando.

—¿Y esto no es distraer? —dijo Jerry—. Estaba hablando con ése y tú le distraes... ¿No es eso de traidores y de cobardes, en el Oeste?

—Déjale. Soy yo el que le interesa. Hace muchos días que desea esta oportunidad, y no debo defraudarle. Le disgustó, como a esos otros, que Joan hablara en el barco conmigo y no quisiera saber nada de ellos.

—No creas que engañáis a nadie. Tú te dedicarás a jugar con ventaja, y ella distraerá a los puntos.

—Tienes muy poca imaginación. Yo no tengo aspecto de ventajista como tú, de ello se da cuenta cualquiera. ¿Qué es lo que opinas de éste, Jerry?

—Estoy de acuerdo contigo, Rob —replicó Jerry.

Pamela veía la escena con curiosidad.

Los elegantes se pusieron todos en pie.

—No quiero que se meta nadie en esto. He de matarte, porque ayer me golpeaste a traición.

—Me llamaste ladrón, y el que llama ladrón a otro, lo menos que puede esperar es lo que te sucedió a ti. Claro que hice mal, porque debí matarte.

—No creas que es tan sencillo como supones. Tengo un «Colt» colgando a mi costado, y no tardarás mucho en comprender que cometiste un error con golpearme de la forma que lo hiciste.

—No quiero que en mi casa haya peleas de este tipo. Así que ya la estás abandonando —dijo Pamela.

—Ya sé que le ayudas, pero esta vez no le servirá de nada.

—Si eres amigo de él debes decirle que se marche antes de que pierda la paciencia —advirtió Jerry.

—Te voy a demostrar que no se me puede hablar como lo haces, y que los golpes que ayer me diste te van a pesar...

Las manos del provocador se movieron con indudable rapidez, y el «Colt» quedó empuñado, al caer su dueño sin vida cuando se disponía a disparar.

Los elegantes se miraron entre ellos, sinceramente impresionados.

Rob, sonriendo, dijo:

—Si te hubiera conocido, no habría cometido la torpeza de suicidarse. Es posible que, a pesar de ello, haya otros locos que reincidan.

Y al hablar miraba a los elegantes, que se dieron cuenta de lo que había querido decir.

La cantante apareció, asustada, a la puerta del pasillo que conducía a las habitaciones interiores de la casa.

Miró a Rob, y una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Esa muchacha ha temido que hubieras sido tú la víctima —comentó Jerry.

—Es una gran muchacha, y hemos pasado muy buenos ratos en el barco.

Los elegantes entendieron que era mejor dejar las cosas como estaban, y volvieron a sentarse a la mesa.

Los dos jóvenes salieron de casa de Pamela para dar un paseo por la ciudad.

Había llegado otro barco, y marcharon al muelle, muy próximo, para ver las embarcaciones.

Estuvieron en otros locales como el de Pamela.

Ninguno de ellos preguntaba al otro nada que tuviera relación con la vida pasada de ambos.

En uno de estos locales se encontró Jerry con Teo, el socio del tío de Betsy.

Se acercó a saludarle, diciendo:

—¿Es que no piensas marchar de aquí?

—Quiero divertirme un poco —respondió Jerry—. Tengo dinero en abundancia, y hace tiempo que estaba metido en la montaña.

—Betsy está muy incomodada contigo. Me ha dicho que no quería volver a verte. Voy a salir de paseo con ella.

—Me parece bien. Nada me importa lo que pueda hacer y decir esa muchacha. Hice por ella lo que debía, cuando necesitaba atención. Dígale que nada me debe, ni tiene por qué estarme agradecida. Que habría hecho lo mismo por cualquiera que se encontrase en sus condiciones.

Dicho esto, se puso a hablar con Rob, dando a entender a Teo que no le agradaba seguir charlando con él.

Como esto sucedía delante de muchos testigos, y Teo tenía fama de hombre orgulloso y despótico, le molestaba que dieran cuenta de que era él el despreciado.

Pero no dijo nada, y salió del local tras pagar el *whisky* que estaba bebiendo cuando entraron Rob y Jerry.

Cada vez que entraban en un local distinto, Rob miraba con atención en todas direcciones, y Jerry le dijo:

—¿Es que buscas a alguien?

Rob le miró sonriendo, y respondió:

—Ya veo que te has dado cuenta de ello. Sí, es cierto que busco a unas personas por las que he abandonado California. Me han dicho que están por aquí, pero no sé si marcharon a la cuenca del Fraser.

—Te quedarás por aquí, entonces, ¿no?

—Eso es lo que quiero hacer.

—Yo también pasaré unos días por aquí.

—¿Y quieres convencerte de que esa muchacha no te quiere?

—Algo hay.

Y los dos se echaron a reír.

—Voy a buscar trabajo de maderero, aunque, si lo hago, no podré dedicarme a lo que quiero.

El *sheriff* se acercó a ellos. Iba acompañado por dos hombres que debían ser sus ayudantes.

—Me han dicho —empezó hablando el *sheriff*— que has matado a Quick, en un alarde de sorpresa y de rapidez, que no agradan en este pueblo.

—¿Quién es el cobarde que le ha informado así? ¿Habló con Pamela? Ella estaba delante.

—Parece ser que Pamela se ha hecho muy amiga tuya, hasta el extremo que te ha metido en sus propias habitaciones para comer. Eso no lo ha hecho con nadie. Así, que, en tales condiciones, lo que ella diga no puede tener valor para mí.

—Soy yo quien le dice que no hubo ventaja.

—Y lo que tú digas tampoco tiene validez —replicó uno de los acompañantes del *sheriff*.

—No tendrá valor para ti, pero quien duda de mi palabra es que se trata de un cobarde..., ¿no tienes nada que añadir?

—Es un comisario mío, así que tendrás que respetarlo, porque...

—Ha de empezar por respetar él, si quiere que hagamos los demás lo mismo.

—No se preocupe, *sheriff*... A mí no me asusta.

—No trato de asustar a nadie. Lo que hago es advertirte para que no dudes de mi palabra. He dicho que maté en defensa de mi vida, y lo haré siempre que me vea en iguales circunstancias. Parece que les ha disgustado que no fuera todo lo rápido que habían creído ustedes.

—Tendrás que venir con nosotros detenido, y ya sabes que, si te niegas a ello, supone una oposición a la autoridad.

—¿Y qué es lo que sucede, cuando hay esa oposición a la autoridad?

—Acostumbramos a colgarles —dijo el otro acompañante del *sheriff*.

—¿Os atreveríais vosotros a hacerlo? —inquirió Roo.

—No es a ti a quien odian. Es a mí. Son órdenes de mister Teo Benton, ¿no es así? Es mejor que sea él quién se enfrente conmigo. Podéis decírselo. ¡Ah...! Y podéis añadir que no pienso marcharme de aquí todavía.

—Nadie ha ordenado nada —dijo el *sheriff*—. Es que no quiero que se mate a nadie.

—¿Ha dicho lo mismo, cuando ha sido Teo quién mataba?

—Las veces que mató lo hizo defendiendo su vida —replicó el *sheriff*.

—Es lo mismo que he hecho yo. Así que déjenme en paz, y saldremos ganando todos.

—¡Siempre que hablas, lo haces amenazando! —protestó el *sheriff*.

—Mientras escuchan que amenazo, es que viven todavía. Ese Quick ya no puede oír nada.

—¡Otra amenaza! ¡No estoy dispuesto a tolerarlo, *sheriff*...!

El ayudante del *sheriff* que había dicho esto, se dispuso a intervenir con las armas.

Quedó inclinado hacia adelante, con la mano adelantada y cerca de la funda en que llevaba el «Colt».

—Malo, malo... Esto se complica, *sheriff*. Tendrá que buscar otro comisario, porque parece que éste se halla cansado de vivir y ha decidido suicidarse.

Los testigos escuchaban con curiosidad.

Rob había dejado a Jerry completamente solo frente a los tres.

A su lado, decían:

—Ese forastero no sabe con quién está tratando. Ese ayudante ha sido pistolero en Arizona. Es un hombre sumamente peligroso.

Estaba pendiente de lo que pasaba, y Rob se hallaba dispuesto a intervenir, si es que era necesario.

—¿Se da cuenta, *sheriff*, de que está diciendo que me va a matar? No creo que, después de oír esto, quiera que me calle y que le tolere esas amenazas.

—Ya oigo que es un provocador y un fanfarrón. Sentiré que tengas que matarlo.

—Ésa no es su misión, *sheriff* —dijo Rob—. Está empujando a su ayudante a que le mate Jerry, y es seguro que lo hará, tan pronto como entienda que se halla en peligro. Los pistoleros de Arizona se han convertido en autoridades, en esta latitud... ¿Es que ha sido el *sheriff* pistolero también lejos de aquí...? Ten cuidado con ellos, Jerry. No debes descuidarte. Es mejor que dis pares a matar primero, y aclares las cosas más tarde.

El ayudante que discutía con Jerry, miró, curioso, a Rob.

—¿Es que me has conocido lejos de estas tierras? Si es así, ¿por qué no le has avisado, antes de que llegaran las cosas tan lejos? Ahora ya no hay remedio. Me ha insultado, y eso...

—No te preocupes. Ya no volverás a asustar a nadie —dijo Jerry—. Si es cierto que has sido pistolero en Arizona, has venido muy lejos para terminar tu carrera de cobardías y crímenes.

—Estás poniendo las cosas cada vez peor —decía el *sheriff*.

—¿Tiene pensado ya en quién ha de sustituir a éste, que habrá de ser enterrado mañana?

El ayudante del *sheriff*, que era sin duda un buen pistolero, alcanzó su «Colt» y consiguió disparar, pero su disparo, que se cruzó con el de Jerry, no alcanzó a nadie.

En cambio, él, alcanzado en la frente, cayó sin vida con los brazos abiertos en cruz, boca arriba.

—¿Hay que decir algo de esta muerte? ¿Ha sido con ventaja por mi parte?

El *sheriff*, en vez de responder a Jerry, miraba el cadáver de su ayudante, que era la persona que consideraba más rápida del noroeste.

No conseguía convencerse de que era su amigo el que había resultado muerto.

A los pocos minutos y al darse cuenta de lo que había pasado, le temblaban las piernas al mirar hacia Jerry, que seguía empuñando su «Colt».

—Estoy esperando su respuesta, *sheriff*... ¿Hubo ventaja por mi parte?

—No. Es cierto que no hubo ventaja por tu parte.

—Y tú, ¿qué dices?

—Que es verdad que no hubo ventaja por tu parte. Estaba él más cerca del «Colt» que tú. No lo comprendo todavía...

—Era un hombre veloz, y, si no me quito de un salto de donde estaba, me habría cazado.

El de la placa trataba de serenarse para que no se diera cuenta de lo asustado que estaba.

—Eso es lo que pasó con ese Quick —dijo Jerry.

—Ahora no tengo más remedio, porque he visto que eres capaz de evitar que te maten cuando, por todo, parecía que no tenías remedio.

—Eso indica, *sheriff*, que creyó que iba a matar y, en vez de evitarlo, empujaba al matador para que no fallara... ¡Es usted un cobarde!

—No debes abusar de mí... —replicó, asustado, el *sheriff*.

—No quiero abusar; por eso, lo que va a hacer es presentarse en casa del alcalde, y decirle que no quiere seguir de *sheriff*, dejando la placa en su despacho.

—Es que...

—Si le veo más tarde con la placa en el pecho todavía, será una traición lo que veréis —dijo a los que escuchaban— porque tendré que disparar sobre él, alcanzando la placa que lleva en su pecho, como blanco...

El *sheriff*, que deseaba decir muchas cosas, no las dijo porque sintió miedo.

CAPITULO IV

—¿Sabes lo que ha pasado, Leopold?

—Si te refieres al amigo de ésta, ya lo ha oído. Ha matado a dos personas, con una facilidad que indica que se trata de un hombre peligroso.

—¡Es un pistolero! —exclamó Teo—. ¡No puede haber duda!

—El *sheriff* le ha tomado miedo, y no se atreve a enfrentarse con él.

—Si es cierto lo que dicen, es para temerle.

—Parece que ha dicho algo para ti, antes de matar al ayudante del *sheriff*. Ha creído que era obra tuya, y que has sido tú, por lo tanto, el que envió a esos tres hombres para terminar con él. El *sheriff* ha ido a ver al alcalde para que acepte su dimisión irrevocable. Es lo que ese muchacho le ha dicho que tenía que hacer.

—No creí que fuera tan cobarde.

—Es que no es sencillo enfrentarse a un hombre de las características de ése. Es hallarse desesperado, y buscar la muerte, con una seguridad absoluta.

Betsy, que escuchaba la conversación sin intervenir, al fin, dijo:

—No dejaré uno de vuestros hombres, si les seguís enviando.

—Nadie ha enviado emisarios para que le maten. No es cierto lo que dices.

—No me chilles a mí. Es con él con quien tienes que hacerlo, suponiendo, que ya es suponer, que te atrevas a hacerlo.

Teo se contuvo, ante una señal de su socio.

—Nosotros le estamos agradecidos por lo que ha hecho por ti. No es, por lo tanto, lógico que encarguemos que le maten —dijo el tío.

—Pues si él ha creído que habéis sido vosotros, debéis dejar las cosas bien preparadas, porque os enterrará antes de marcharse.

—Parece que, después de lo que te ha hecho y dicho, aún sigues inclinada hacia él.

—No lo creas. Y para demostrarte que no es así, podemos ir al pueblo para que me vea en compañía de Teo. Si es él quién se atreve a venir conmigo.

Nada respondió Teo, pero se marchó, diciendo a Leopold:

—Voy a arreglarme.

—Nada de tonterías —gritó Leopold—. ¿No te das cuenta de lo que se propone esta loca? Que nos vaya matando. No comprendo que nos tenga tanto odio.

—Lo que yo no comprendo es que se coma lo que no quiere como herencia.

—No sé qué es lo que quieres decir con esas palabras. Pero no quiero que lleves a Teo para que se enfrente con ese pistolero. No tardarán en colgarle los madereros. Tan pronto como descendan del bosque, mañana domingo, le provocarán varios, y caerá a manos de ellos.

Hablando con verdadero placer, como si ya viera a Jerry muerto frente a cualquiera de los madereros.

Betsy le miró, sorprendida.

—No comprendo la razón que tienes para odiarle.

—No le odio. Es que me disgustan los pistoleros.

—Pamela me ha dicho algo de vosotros que no está de acuerdo con vuestro modo de hablar.

—Esa mujer me odia, y dice todo lo que se le ocurre, si es contra mi fama; pero nada sabe de mí, porque nada hice que no estuviera bien.

—¿Hace mucho que conoces a éste? Ella le conoció lejos de aquí, y parece que era como él dice.

—Yo haré que esa cotorra calle el pico.

—Me parece que si los madereros se enteran de que quieres hacerle mal, no lo pasarías muy bien. Creo que la aprecian.

—Nada me importan los madereros. No estoy dispuesto a permitir que diga lo que le parezca de mí.

—No tiene importancia lo que hable Pamela. Todos saben que no nos soporta ni aprecia —dijo Leopold.

—No tiene importancia si, en realidad, lo dice no es cierto —replicó Betsy—. Aunque sospecho que tendrá sus razones.

—Que tú no puedes comprender —dijo Leopold—. Y, por lo tanto, es mejor que no hablemos de ella.

—Lo que ahora interesa es terminar con el imperio de un pistolero que se dedica a matar a traición a las personas.

—¡Eso no es cierto, Jerry no mata a traición! —exclamó Betsy—. Tan pronto como le vea, le diré cómo hablas de él, y ya veremos si, aun siendo un antiguo pistolero y ventajista, te atreves a enfrentarte a él.

—¡Leopold! Si tu sobrina sigue hablándome así, tendré que disparar sobre ella. Nada importa que sea mujer, si su lengua no se frena.

La muchacha sintió miedo del tono en que hablaba Teo.

Ello le aconsejó callar.

Su tío trató de tranquilizar a los dos.

Teo marchó, disgustado, y asegurando que realizaría un castigo ejemplar si ella seguía hablando de la forma que lo hacía.

Una vez en la calle, Teo se encaminó a casa de Pamela.

Era ya de noche cuando entró, y había en el saloon muchos madereros de los que tenían el trabajo en la ciudad o no estaban lejos de la misma.

Era muy difícil poder avanzar por el local.

Joan iba a presentarse ese día, y ésta era la razón de hubiera tantos clientes.

Buscó con la mirada a Pamela y, al descubrirla, se acercó a ella.

—Me ha dicho la sobrina de Leopold que le has hablado mal de mí.

—Yo no hablo mal de nadie. Si no puedo decir cosas buenas de muchos, no es culpa mía. Es lo que pasa, en tu caso. No hay nada bueno que pueda decir, y ya sabes que no me vas a asustar. Estoy rodeada de hombres que, a una señal mía, caerían sobre ti, y el trozo mayor de tus restos sería como el dedo meñique mío.

Teo comprendió que era cierto lo que oía, y sintió miedo de seguir en el tono que había empezado.

—Es que no me gusta que se hable de mí en la forma que lo haces tú.

—No puedo hablar de otro modo, cuando se trata de ti. Yo te conozco, Teo. Ya sé que estás haciendo todo lo posible porque terminen con ese muchacho, porque sabes que ella está enamorada de él. Pero ten cuidado. No

creas que será fácil. Ha matado a un ayudante del *sheriff*, y él, me refiero al *sheriff*, se ha salvado por casualidad.

—Si hubiera matado al *sheriff*, estaría colgado ya.

—No lo creas. Son pocos los que estiman a ese hombre que está a vuestro servicio.

Como Pamela, al hablar, lo hacía dando gritos para dominar la orquesta, que estaba tocando, sintió miedo Teo de que se enteraran los testigos, y prefirió guardar silencio.

Aparecieron en la puerta los que se habían hecho muy amigos.

—Ahí tienes a ese muchacho —señaló Pamela a Teo—. Ahora puedes decirle todo lo que quieras.

Teo miró a Jerry, y no respondió a las palabras de la dueña de la casa.

Jerry y Rob se acercaron para saludarla y, al ver a Teo Jerry, le miró con valentía y le dijo:

—He matado al primer emisario tuyo. La próxima vez vendré a buscarte. No me gustan los cobardes.

Palabras que, al coincidir con un descanso de la orquesta, fueron oídas por muchos de los testigos.

Teo vio que los que habían escuchado estaban pendientes de él.

No quería provocar la pelea, y prefirió no darse por enterado, pero no deseaba que creyeran que era obra suya lo que había pasado con el ayudante del *sheriff*. Por eso dijo:

—Yo no he enviado a nadie para que se metiera contigo. No hay razón alguna para ello.

—Eso es lo que me he dicho, pero estoy seguro que me provocó porque con ello te iba a complacer.

—Pues yo te aseguro que estás equivocado. Nada me has hecho, y nada tengo contra ti.

Rob, que permanecía en silencio, dijo a Jerry:

—Allí está Joan, vamos a saludarla.

Marcharon los dos, dejando a Teo junto a Pamela, que comentó:

—Te ha llamado cobarde... ¿Es que no te has dado cuenta...? Pues todos éstos han visto que no te has atrevido a enfrentarte con él.

Teo dio media vuelta y se marchó.

Pamela comprendió que iba furioso.

La joven cantante salía de la habitación que le había sido destinada.

Se acercaron a ella los dos amigos.

—¡Hola! —dijo Rob.

—Hola —respondió ella—. ¿Aún sigues por aquí?

—He decidido quedarme unos días.

Jerry escuchaba en silencio.

—Te voy a presentar a un amigo que he hecho aquí.

E hizo la presentación de Jerry.

Muchos clientes rodearon a la muchacha, que no pudo seguir hablando con los dos amigos.

Pero Rob, para evitar que le separaran de ella, la cogió por un brazo.

—¡Quietos todos! —gritó Pamela—. ¿Es que no queréis que cante?

Al oír a la muchacha, se quedaron paralizados.

—Ha de cantar dentro de poco, y no quiero que me la asustéis. No está acostumbrada a este ambiente.

—No hagáis caso —dijo uno que Rob conoció como un amigo de los elegantes que habían llegado en el mismo barco que él—. Eso de que no está acostumbrada no es cierto. La he visto en San Francisco en una casa mucho peor que ésta, y alternaba con todos, bebiendo y bailando con los clientes. No os dejéis engañar.

Una enorme gritería siguió a estas palabras.

Rob, sin decir nada, se acercó al que había hablado y le conminó:

—Nosotros nos conocemos del barco, ¿verdad?

—Sí. Ya te vi hablando con esa muchacha. Eres el que ha venido con ella para que la mesa de juego...

—Estás cometiendo el mismo error que otro que ya no puede contarlo.

La interrupción de Rob hizo que otro interviniera también para decir:

—¡Tiene razón éste! ¡Os hemos visto pasear de noche por el barco juntos, y eso que de día hacíais como que no os conocíais!

—¡Eres un embustero y un cobarde!

Y al decir esto, el puño de Rob hizo que la cabeza del que hablaba cayera hacia atrás, a consecuencia del golpe.

Jerry acometió al otro, que se disponía a intervenir para defender al amigo, y en pocos minutos recibieron los dos una paliza tan enorme, que quedaron en el suelo sin sentido.

Cada uno cogió al castigado por él, y le llevó hasta la puerta con gran facilidad.

Les hicieron caer en el centro de la calle.

—Esto es la obra de los cobardes y ventajistas que no se atreven a dar la cara, y que se han propuesto desacreditar a Joan —decía Rob—. Voy a buscarles.

—No creo que hayamos de correr mucho. Les he visto sentados a una de las mesas, y están jugando.

Los dos, contemplados con admiración por los testigos, se encaminaron a la mesa en la que Jerry les había visto y, al llegar junto a ella, dijo Rob:

—¿Sois los cobardes que habéis enviado a éstos dos para que desacrediten a Joan...? Podéis levantaros para que no os golpeemos sentados.

—Nosotros no nos hemos movido de aquí. Pueden decirlo todos éstos.

—Lo que éstos sepan, no nos interesa. He dicho que vosotros sois unos cobardes.

Era una provocación demasiado fuerte, pero los insultados no se atrevieron a mover un dedo, ante el temor de precipitar las cosas.

Era cierto que estaban ofendidos con Joan porque no les había hecho caso en el viaje, pero no era para que perdieran la vida.

—Nosotros no hemos enviado a nadie para que te provoque. Es cierto que estamos ofendidos con ella, porque no nos prestó la menor atención en el viaje, pero ello no es para que tratemos de desacreditarla.

—Te aseguro que no nos hemos metido en nada. Estamos jugando, como ves.

Las palabras de este otro parecían razonables, y los testigos mostraban su conformidad con gestos a las palabras de este último.

Rob se retiró, seguido de Jerry.

—Son unos cobardes. No se atreven a enfrentarse con valentía.

Jerry tranquilizaba a Rob, en el momento en que aparecieron los dos arrojados a la calle.

Tenían las manos tan cerca de las armas, que no podía dudarse de cuáles eran sus propósitos.

—¿Dónde están esos cobardes que nos han golpeado a traición? —decían.

Todos los que oían se retiraron para dejar en el centro del saloon a Rob y a Jerry.

—Lo que ha pasado ha sido que habéis recibido unos golpes que se soportan bastante mejor que una buena ración de plomo. Es mejor que lo dejéis así —dijo Jerry.

—¡Hemos de mataros! ¡Ya no podréis traicionar a nadie más...!

—Te están diciendo que lo dejéis como está —corroboró Rob—. No seáis locos, y no nos obliguéis a que tengamos que mataros.

—Los que os han enviado para desacreditar a Joan y que están jugando en esa mesa, no se han atrevido a responder, y eso que se les ha llamado cobardes. No seáis tan locos que os juguéis la vida por quienes no se atreven a defenderse.

—No creo que les hayáis llamado cobardes. No lo permitirían...

Esto hacía comprender, a los que escuchaban, que era cierto que se trataba de una maniobra de los jugadores.

También ellos se dieron cuenta de lo que podía pasar, y se pusieron a caminar tratando de alejarse lo más posible de allí.

No tardaron en estar cerca de la puerta, pero uno de los que discutían con los dos amigos les vio, y dijo:

—¡Nada de marcharse! ¡Nos habéis lanzado a esto, y no podéis dejarnos solos!

—Nosotros no nos hemos metido en nada. Lo que pasa es que estáis ofendidos con la muchacha porque no os atendió en el barco...

—¡Tienen razón éstos! ¡Sois dos cobardes!

Jerry empujó violentamente a Rob, haciéndole caer al suelo en el momento en que sonaban unos disparos.

Los que discutían con ellos quedaron en el suelo, sin vida.

—Si no te empujo, y me dejo caer al suelo al mismo tiempo, nos habrían cazado a nosotros también. Son rápidos con las armas. Fíjate en esos dos: ¡tienen las armas en las manos!

Rob miraba a los cadáveres.

—No bromean —comentó—. Han matado a los dos.

Pero los que habían disparado sobre los dos, desaparecieron de la sala y se metieron en uno de los barcos que sabían iba a salir para Bellingham.

Pamela dio orden para que sacaran los cadáveres.

—Es hora de que empieces a cantar —dijo a Joan.

—Estoy impresionada.

—Pues debes rehacerte —insistió Pamela.

—Lo intentaré...

—¡Pero sin pérdida de tiempo! —exclamó Pamela, cariñosa—. ¡Hay que animar a los muchachos! Y ya sabes, canciones alegres...

—Haré lo que pueda —respondió la joven.

Cuando apareció en el pequeño escenario a tal efecto, la recibieron con aplausos. Más a su belleza que a lo otro, ya que no sabían cómo cantaba.

Joan habló con los de la orquesta y, segundos más tarde, empezaba a cantar con una voz tan potente, dulce y bien timbrada, que dejó en suspenso a la concurrencia, e hizo que cesaran las conversaciones.

Pamela sonreía, complacida.

—Es lo mejor que he oído en mi vida —decía a Jerry, que estaba cerca de ella—. ¡Es admirable!

La gritería de entusiasmo, cuando terminó la primera canción, indicaba que había gustado mucho.

Volvió a cantar otra vez y los aplausos duraron varios segundos.

Los entusiasmados espectadores la arrancaron del escenario y la hicieron descender al saloon, donde la rodearon, entre gritos y felicitaciones.

Segundos después, sin que pudiera evitarlo, la obligaban a bailar.

Cuando Rob consiguió llegar cerca de ella y, separando al que en esos momentos bailaba con ella, la hizo salir con él.

CAPITULO V

El éxito de Joan fue absoluto, y Pamela no comprendía que una mujer como ella, que podría ganar lo que quisiera en las ciudades más importantes de la Unión, hubiera ido tan lejos a ganar unos miserables cinco dólares diarios.

—No comprendo a esta muchacha —decía Pamela—. Es artista de mucho talento y se ha metido en este apartado rincón de la Unión. No lo entiendo... ¡Increíble...!

Jerry, que no sabía qué decir, respondió:

—Tal vez no sea tan buena como nos ha parecido a nosotros.

—Es lo mejor que he oído, y estos bestias no podían soñar con tener la suerte de oírla, por un solo vaso de *whisky*.

—Cada cual sabe lo que hace.

—Pues no lo entenderé. Esta muchacha, en San Francisco, podría cobrar más de cien dólares diarios. ¡Ya lo creo! Y también trescientos.

—Si prefiere cinco aquí, no te vas a enfadar con ella.

—No es que me enfade. Es que no lo comprendo.

—Preocúpate del dinero que te va a hacer ganar.

—Le daré diez dólares, en vez de cinco. Bien los merece.

—Si se ha contratado a cinco, tal vez no quiera aceptarlos.

—No seas tonto...

Pero minutos más tarde, buscaba Pamela a Jerry, diciéndole:

—¿Sabes lo que me ha pasado? Pues que no ha querido aceptar que le pague más de lo que me he comprometido, diciendo que si ha venido desde San Francisco con el precio contratado, es el que admitirá. Ahora lo comprendo menos, y estoy segura de que a lo que ha venido es a buscar a alguien.

—Aunque así sea, pudo venir ganando más.

—No le habría dado ni un centavo más. No la conocía, y todos los que escriben desde San Francisco dicen que sus representadas son lo mejor que existe.

—Pues esta vez no te han engañado.

—Pero el que me la envió no la oyó cantar nunca. Por eso yo tenía mis temores y mis dudas.

—Pues no has podido recibir nada mejor.

—Y no la has oído cantar eso que llaman ópera, y que se canta en italiano. Vaya voz la suya. Pero eso no gusta a los madereros ni a los buscadores. Mañana no vamos a caber en el local. Es domingo, y los equipos vienen a la ciudad a pasar el día. Hoy habrán hecho saber lo mucho que vale.

Rob entró en el saloon, y se acercó a los dos que estaban hablando de Joan.

—¿Contenta? —dijo a Pamela.

—Estoy loca de alegría. Le estaba diciendo a éste que no comprendo la razón de que esté aquí, con esa voz y lo bonita que es.

—Ya te dije que cantaba muy bien, y si la oyeras cantar ópera...

—La he oído y estoy entusiasmada.

—Me alegra que sea así, porque me parece que tú te mereces esto.

—No llegaré a comprender la razón que tiene para haber llegado tan lejos, y con tan poco dinero.

—Eso es cosa de ella. Lo interesante es que canta como lo hace.

—No quedará un solo maderero que no acuda a oírla mañana. Lo que me sorprende es que se hayan marchado los ventajistas que llegaron con vosotros en el barco.

—Todavía no ha salido ningún barco. Han de estar metidos en algún sitio.

—El mejor sitio para esconderse es el barco en el que piensen alejarse de aquí. Hoy salen dos hacia Bellingham.

—Ya no salen hoy. Lo han dejado para pasado mañana. Esperan a que descendan los madereros del bosque. Suelen marchar algunos, si tienen oportunidad, y es mucho lo que se habla del oro que está apareciendo por aquella parte.

—Está muy lejos Bellingham. Hay que caminar durante varios días.

—Parece que hayas estado ya por allí —decía Pamela.

—Es que me he informado bien, por el capitán del barco. Es posible que, dentro de poco, tenga que ir yo.

Jerry nada dijo, pero Pamela le miró un poco intrigada, con una interrogación muda, hasta que al fin inquirió:

—¿También piensas marchar tú?

—No, no pienso marchar. Lo haría por acompañar a Rob, pero odio las grandes aglomeraciones humanas. Estoy mejor en la montaña. Me volveré a ella cuanto antes.

Pamela sabía que si Jerry estaba en Seattle todavía, se debía a la sobrina de Leopold.

Joan estaba durmiendo, agotada del esfuerzo que hubo de realizar para bailar con todos a última hora; se levantó y apareció en el saloon, muy contenta.

Saludó a los tres, y pidió a los dos muchachos que la acompañaran para dar un paseo por la ciudad.

A Pamela le agradaba esta decisión, porque así se daba a conocer, y tendrían más deseos de visitar su casa.

—Podemos ir los cuatro —dijo Pamela.

—¡Mejor! —exclamó Joan.

En pocos minutos estuvo preparada Pamela, y los cuatro se lanzaron a la calle.

—Les he dicho a estos dos —hablaba Pamela— lo mismo que a última hora te decía a ti: que no comprendo que hayas venido de tan lejos, con tampoco beneficio, cuando en el mismo San Francisco podrías ganar varias veces lo poco que te doy, y que hemos convenido.

—Tenía ganas de conocer esta tierra.

—Si buscas a alguien, debías decírmelo, y es posible que yo pueda ayudarte. He visto desfilar por mi casa varios millares de seres, y se me queda muy bien la fisonomía de los que veo. Si tienen algún defecto físico, me doy cuenta de ello, y mi memoria es hermosa.

Joan guardó silencio y miró a Pamela.

—¿Por qué piensas que he venido buscando a alguien?

—Porque ésa fue la principal razón de que yo viniera a estas tierras. He tenido suerte, y hoy me hallo bien. Anduve por el Norte, por el Canadá, y después de doce años, no he encontrado a la persona que buscaba, y ya no la encontraré. Me dijeron que murió. Dadas tus condiciones, no comprendo tu estancia aquí, a no ser que te pase lo mismo que me sucedió a mí.

—Es cierto que busco a una persona, pero no te diré nada sobre ella. Lo mismo le pasa a Rob, viene buscando a unas personas que le han dicho que acudieron a la llamada de la ambición del oro, por la cuenca del Fraser. Se ha quedado aquí por mí. Me he dado cuenta de ello, y no quisiera enamorarme de él, cosa que me parece ha empezado a suceder. Me gustaría para poder retenerle a mi lado, y que no marchase al encuentro de lo que debe suponer para él un peligro.

—Este muchacho sabe defenderse, no temas.

—Ya lo sé. Me gustaría conocer su vida, que ha de ser muy interesante.

—La vida de los vaqueros no es interesante nunca.

—Yo he visto pasquines que se referían a él. No quiero que le digas nada.

—¿Y si estás equivocada?

—No lo creo, pero pudiera ser. Por eso no me he atrevido a hablarle de ello. Pero las señas que daban en esos pasquines coinciden en todo, aunque desde que he conocido a Jerry, he empezado a dudar, pues también podía ser la persona que se detallaba en ellos a la que me estoy refiriendo en estos momentos.

Los dos amigos se acercaron a ellas, impidiendo que siguieran hablando.

Todos los habitantes de Seattle se asomaban a las puertas, a su paso.

La belleza de Joan llamaba la atención y sorprendía el ver lejos de su casa a Pamela, que no salía jamás de ella.

Eran muchos los que la saludaban.

El mejor y casi único paseo ciudadano era el muelle, en el que la presencia de los barcos suponía una segunda distracción.

Allí se hallaba la oficina de Hosston y Benton.

Pamela miró a Jerry, que iba a su lado, al ver aparecer a la puerta de la oficina a Betsy, que iba acompañada por su tío y por Teo.

Los tres se quedaron unos segundos detenidos al fijarse en los cuatro que caminaban hacia ellos.

Los ojos de Betsy orillaron de un modo especial y Pamela dijo en voz baja:

—Esa muchacha me odia desde este momento. Está celosa por verte a mi lado. Voy a decirle que nada tiene que temer.

—No debes decir nada —replicó Jerry.

El tío de Betsy saludó, cariñoso, y añadió, dirigiéndose a Jerry:

—Me alegra que te vea mi sobrina con Pamela para que se dé cuenta de que es cierto lo que le he dicho. No es tan vieja Pamela como para que no provoque todavía pasiones y amores sinceros.

—Estás equivocado, y tú lo sabes. He salido por no dejar sola a Joan con ellos y para que me vean con ella.

—Es una especie de propaganda que hacemos —dijo Joan, riendo.

—Vamos, no nos detengamos más —añadió Betsy—. Tengo deseos de conocer ese rancho.

Jerry sonreía y Betsy, que se dio cuenta de esta sonrisa, exclamó, furiosa:

—¿De qué te ríes?

—No me reía de este muchacho.

—Te he visto sonreír... ¡No lo niegues!

—Es que estás más guapa vestida de mujer. No pareces la misma.

—¡Vámonos! —dijo Teo.

—Puedes ir por mi casa para que oigas cantar a esta muchacha. No tendrás que estar en el salón. Puedes oír su voz en mi habitación, donde comiste con Jerry —invitó Pamela.

Pero Betsy no respondió. Echó a andar, acompañada por su tío y Teo.

—Esa muchacha está celosa —comentó Joan—. No sabe lo que dice ni lo que hace. Si se dejara llevar de los deseos de estos momentos, nos golpearía a las dos.

—Es que está muy enamorada de Jerry, pero es orgullosa y soberbia.

—Creo, también, que él se halla enamorado de ella.

Jerry reía, pero no respondió a las palabras de Joan.

Pamela y Rob nada decían.

Pasearon ante los barcos, haciendo comentarios sobre cada uno de ellos, y el capitán del mayor que había en el muelle les invitó a beber una botella en su compañía, en la cámara de oficiales.

Mientras bebían, se habló de las aventuras que el capitán había vivido en sus largos años de navegación.

Como era el barco en el que había llegado Joan, preguntó Rob por los elegantes que les acompañaron desde San Francisco.

—Han de estar muy asustados. No salen del barco, y no hacen nada más que pedirme que salgamos hacia Bellingham, cuanto antes.

Esto indicaba que se hallaban allí.

Rob no quería, sin embargo, disgustar en esos momentos a Joan, y nada más dijo.

Pero la muchacha se dio cuenta de lo que pensaba, y comentó:

—Debes dejarles tranquilos. Si mataron a esos dos, nada debe importarte a ti... ¡Vive tu vida!

—No es la muerte de esos dos lo que importa, ¿verdad, Rob? —dijo Jerry—. Es que dispararon sobre nosotros, con ánimo de eliminarnos, y nada les habíamos hecho.

—¿Habéis sido vosotros los que le habéis asustado? —preguntó el capitán.

—Quisieron matarnos —dijo Jerry.

—Les creo capaces de todo. Han matado a varias personas en la travesía, y se pasan las horas sentados a la mesa de juego. Discuten entre ellos y tengo miedo de que las armas sean las que hablen alguna vez.

Pamela intervino para que la conversación tratara de otros asuntos y pudieran, al fin, hacerles salir del barco sin que hubieran hecho nada por buscar a los que les interesaba.

Era la hora de almorzar, y Jerry les invitó a hacerlo al pasar ante un restaurante que Pamela dijo era de un chino, magnífico cocinero.

Aceptaron los tres, aunque al principio se resistían.

Cuando ya estaban sentados, se dieron cuenta de que se encontraban allí Betsy y sus acompañantes.

Rob vigilaba a Jerry. Pero éste permanecía con la máxima naturalidad, sin mirar una sola vez hacia Betsy.

Joan, para distraer a Jerry, estuvo hablando de California y de Texas, de donde dijo que procedía.

—Has pasado más tiempo en California que en Texas, ¿verdad? —preguntó Pamela.

—Sí. Así ha sido.

—Se nota en la forma de hablar. ¿Hablas español?

—Tan bien como ellos —respondió Joan.

—Yo también, y me agrada recordar ese idioma.

Las dos se pusieron de acuerdo para hablar en español.

Jerry y Rob hablaban a la vez entre ellos.

—No creo que debas dejar a esa muchacha en las manos en que está. Me dijo anoche Pamela lo que son esos dos que van con ella...

—Es su tío y es ella la que quiere... Nada puedo hacer.

—Pero quería casarse contigo.

—Yo no quiero hacerlo así, tan a locas. Pudiera suceder que nos engañáramos los dos, con la mejor intención, y que no estuviéramos enamorados.

—No es la causa, pero no temas que te pregunte.

Uno de los comensales se acercó a la mesa ocupada por los cuatro y dijo:

—Tendríamos mucho gusto en oírla cantar. ¿No sería tan amable que nos deleitara con una canción?

Joan miró, extrañada, por la forma de hablar.

Jerry y Rob se dieron cuenta de que su rostro palideció, al fijarse en él.

—Lo siento. No puedo cantar aquí. Mi contrato dice que sólo podré hacerlo en casa de Pamela.

—Por mí no hay inconveniente.

—Pero a mí me gusta cumplir siempre mis contratos. No deseo cantar aquí y no lo haré.

El que se había acercado a la mesa, se inclinó ante ella y se retiró.

—¿Conoces a ese hombre? —preguntó Joan a Pamela.

—Es uno de los madereros más ricos de la región. El y el tío de esa muchacha se están quedando con lo mejor de los bosques. Siempre el mismo sistema.

—Explica en qué consiste ese sistema a que te refieres —dijo Rob.

—Es sencillo. Los hombres de estos equipos sin escrúpulos impiden que los otros, a quienes eligen como víctimas, puedan llevar la madera a los embarcaderos. Se ven apurados de dinero y éstos les ofrecen ayuda. Los otros

se dan cuenta de las intenciones, pero confían en triunfar. Así es como se están quedando con lo mejorcito.

—¿Cuál es el sistema que emplean para impedir que llegue la madera a esta ciudad? —preguntó Jerry.

—El rifle. Basta con matar a dos garrochistas para que los otros se nieguen. Suelen emplear también la dinamita, pero como el *sheriff* es amigo...

—Comprendo —dijo Jerry—. Veo que esta ciudad está en manos de unos granujas.

—Tú conoces a ese hombre —se dirigió Rob a Joan.

Ella le miró, sorprendida.

—Confieso que me ha parecido una persona conocida, pero estoy en duda.

—Él no te ha conocido a ti.

—Si fueras el que yo pienso, no me conocería. Era muy niña cuando me vio, y por unos minutos nada más.

—Tú estás segura de que es él —agregó Jerry— y debes tener confianza en nosotros.

Joan guardó silencio, pero al mirar hacia el plato que tenía delante, unas lágrimas rebeldes caían de sus mejillas.

Ninguno de los tres hizo comentario alguno sobre ello.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó Jerry a Pamela.

—Walter Lockes.

—Voy a intentar trabajar con él. Pero me gustaría saber si Joan desea que se le castigue.

—Si es la persona que imagino, quiero ser yo la que lo haga.

Todos contemplaron a la joven con fijeza y asombro.

—¡Eso es una locura! —exclamó Pamela.

CAPITULO VI

Rob, mirando fijamente a Joan, le dijo:

—No puedes enfrentarte tú con un hombre que ordena matar a sangre fría y que puede hacer lo mismo, si se da cuenta de que lo que te propones es eso. Puede acordarse de ti, y como con tu recuerdo se avivarán otros que justifican tu actitud, comprenderá tu propósito. Es mejor que Jerry o yo tratemos de trabajar con él.

—Os agradezco mucho la ayuda que queréis prestarme, pero prefiero ser yo la que lo haga. Ha de ser con habilidad, porque lo que quiero es saber dónde están otras personas, que éste conoce, y a las que he venido buscando. Tenías razón, Pamela. He venido en estas condiciones, con la esperanza de encontrar a una persona. Y ésta ha de saber dónde está.

—Nosotros podemos averiguarlo también. Los indios tienen medios de hacer hablar, que suelen fallar pocas veces —decía Rob.

Tanto insistieron, que Joan, dominada por las circunstancias, habló de lo que la había llevado hasta allí:

—Creí que no se lo dina a nadie, pero sois tan buenos conmigo, que no sé resistirme. Hace varios años que se presentaron en mi casa, en California del Sur, unos hombres encargados de la medición de terrenos. Iban a hacer unos planos, encargados por mi padre, para que las discusiones sobre límites de propiedades cesaran. Parecían unos caballeros, por su manera de hablar. Y los primeros días que estuvieron en el rancho se portaron muy bien y como tales. ¡Oh! Me da vergüenza seguir. Uno de ellos consiguió engañar a mi madre. Procedía de las distinguidas familias españolas que llegaron siglos antes. Ese hombre hablaba con una delicadeza impropia del lugar en que se hallaban, y la deslumbró; pero no se olvidó de sus deberes de esposa y madre. Fue obligada

por amenazas sobre mi muerte y la de mi padre, y escapó con ese granuja. Mi padre enloqueció y, poco después, moría. Yo fui llevada a un colegio en el Este, con unos parientes de mi madre. Allí me descubrieron la voz y me enseñaron a cantar. Estuve en Italia perfeccionándome, pero en mi alma sólo había un deseo: encontrar a mi madre y castigar a esos granujas. Este que se ha acercado es uno de ellos. Yo era jovencita, pero recuerdo perfectamente sus rostros. Cuando escaparon de la casa, se llevaron todo lo que había de valor. Muchos miles de dólares. No quiero que se le mate, porque deseo encontrar a mi madre. Por cariño a nosotros hizo lo que no debió hacer: huir con ellos. Debieron asustarla mucho para lograrlo.

—¿Estás segura de que es uno de los que fueron a tu rancho a hacer las mediciones?

—Me parece que sí. Es muy parecido a uno de ellos.

—Tendremos que convencemos. Y para ello, es menester que trabajemos a su lado.

—Será mejor que me encargue de él —dijo Pamela—. Cuando vaya a mi casa, y lo hace con frecuencia, le haré beber, y bebido es más fácil lograr que un hombre diga lo que normalmente no es capaz de decir.

Era ésta una idea aceptable y los tres estuvieron de acuerdo con ella.

Joan no hacía nada más que mirar al que se había acercado a pedirle que cantara en el restaurante.

Se corrió la voz entre los comensales que estaba Joan allí, y como los que no estuvieron en casa de Pamela la noche antes habían oído decir que cantaba como no lo habían oído antes, la miraban con curiosidad.

—Dicen que esa muchacha canta de un modo admirable —comentó Leopold.

—Me gustaría oírla —dijo Betsy.

—Esta noche podemos ir. Ya sabes que te ha invitado Pamela para que la oigas sin necesidad de estar en el salón, cosa que resulta peligrosa, por los muchachos del bosque.

—Parece que no te hace caso ese muchacho —decía riendo Teo.

—Nada me importa que me haga caso o no —respondió Betsy a Teo.

—Pues no dejas de mirarle. En cambio, él no lo ha hecho ni una sola vez. Estoy pendiente de ello. Claro que Pamela aún está joven, y tiene una fortuna

que no posees tú.

Betsy guardó silencio.

Terminada la comida, se levantaron los tres, y tenían que pasar, para salir, por el lado de los cuatro.

Jerry, acercándose a Betsy, le dijo:

—Es posible que me quede a trabajar en esta ciudad, una temporada. Me alegrará saber que eres feliz y que te diviertes.

No sabía qué responder. Una angustia intensa se enroscaba en su garganta, y las lágrimas se agolpaban en los ojos.

—Te espero en mi casa para que oigas a Joan, de la que espero que llegues a ser buena amiga —dijo Pamela, riendo.

—Iremos esta noche para que la oiga —aceptó Leopold.

—Pero vosotros no podréis entrar en mis habitaciones. Sólo lo hará ella.

—Entonces, no vamos —dijo Teo.

—Ya veo que es cierto que el amo en la sociedad eres tú —replicó con mala intención, Pamela.

—¡Iremos mi sobrina y yo, esta noche! —exclamó Leopold.

Pamela se mordió los labios para que la risa no se le escapara.

Había conseguido que cayera en la trampa que le había tendido.

—Me parece que esta noche tendremos a Walter en la casa —dijo Pamela, que se daba cuenta de la manera que éste miraba a la muchacha.

—De ese modo, podrás empezar tu truco...

—Si consigo hacerle beber, sabremos lo que interesa.

Minutos después, abandonaban ellos el restaurante.

A la caída de la tarde, la mayoría de los vecinos de Seattle se dieron cita en el saloon de Pamela.

Los vaticinios de la propietaria se habían cumplido.

No había forma de moverse en el interior del local.

Todos esperaban, ansiosos, el momento en que Joan apareciera en el escenario para cantar.

Y cuando apareció, los calurosos aplausos la emocionaron.

Estaba acostumbrada al éxito, entre el público que acudía a oírla, pero el sencillo, que en esos momentos la recibía con tanto cariño, era el que más la emocionaba.

Saludó a todos con las manos, y la orquesta, al empezar a tocar, con bastante exactitud por cierto, hizo que se callaran.

Cantó Joan y los aplausos se repitieron con mayor entusiasmo.

—¡Canta un aria de cualquier ópera! —gritó Rob.

Cantó de modo admirable y, cuando terminó, Jerry se puso en pie y la abrazó, entusiasmado.

—¡Maravillosa! —le decía—. ¡Admirable!

Rob se acercó a ella para felicitarla.

También Walter se aproximó para elogiar a Joan.

—Hacía mucho tiempo que no oía cantar ópera, y a fe mía que es lo mejor que he oído. Me gustaría invitarla a una botella de champaña. Sus amigos pueden sentarse con nosotros.

Jerry oprimió el brazo de Joan, al decir:

—Nos sentiremos honrados con este honor.

—Eres un maderero muy extraño —dijo Walter.

—No soy maderero todavía. He estado de cazador dos años. Pero si encuentro trabajo en alguno de los equipos madereros de esta ciudad, es posible que me quede a trabajar.

—Tienes trabajo desde este momento, si lo deseas, en mi equipo. Yo soy maderero. Pamela os lo puede decir.

—Ya lo ha hecho. Creo que es el más importante de la ciudad, con Hosston y Teo.

—Ciertamente; entre nosotros, controlamos más de la mitad de los bosques.

—¿No puede trabajar este amigo conmigo?

—¡Ya lo creo! Mañana podéis pasar por mi oficina. No tenéis que hacer otra cosa que preguntar por ella. Todos saben dónde está.

Pamela, con su gran habilidad y experiencia, hizo beber a Walter con exceso, y a las dos horas de haber empezado a hacerlo, ya estaba tartamudeando.

—Hace tiempo que no me divertía como esta noche —decía Pamela—. Hace años, en California del Sur, lo pasé muy bien.

—Yo conozco California del Sur. Estuve en Bakersfield, hace años.

El rostro de Joan palideció porque sus amigos supieron que ése era el pueblo de donde ella era.

—¿Bakersfield? —inquirió Pamela, haciéndose la bebida también—. Lo conozco. Es un pueblo pequeño y rico. Creo que hay muchos ranchos buenos y extensos.

—Ya lo creo. Son veinte ranchos de primer orden, y muchos más, de menos categoría. Yo lo sé bien. Mejor que ello. Los he medido. Entonces tenían a mi disposición unos aparatos...

Pamela le hacía beber.

Joan estaba completamente segura de que era uno de los agrimensores que estuvieron en su casa.

—¿Es de los que miden terrenos? —dijo Joan, con ingenuidad.

—Sí, pero ya hace tiempo que lo dejé. Gano más con la madera.

—Yo he conocido a uno que ha sido agrimensor, y que me dijo que había estado mucho tiempo en California.

—¿Cómo se llama?... He de conocerle...

—No recuerdo... Era algo así como... Brook...

—¡Brooken! ¡Sí, ha de ser él! Marchó a Helena, con un buen cargo al lado del gobernador, que es amigo suyo. Es un granuja. Nos... qui... tó... la mu... jer más bo... nita... Era de Cali... fornia... U... na... da... ma...

—¿Se casó con ella? —preguntó Pamela—. No te im... porte... Me... tie... nes... a mí...

—No se casó... No... po... día... hacer... lo. Es... taba... ca... sada... Pe... ro... que boni... ta... Ella se ma... rchó de su la... do... No me hi... zo... ca... so... Estaba... tra... ba... jando... en Port... land... Tuvo suerte y tie... ne... un saloon como és... te... Los otros... la han ase... diado...

—¿Quiénes son los otros a que te refieres? ¿Es que erais un equipo completo, enamorados de esa mujer?

—Éramos cua... tro... Pero no que... ría a nin... guno... Se acordaba de su es... poso... y de una hija...

—Entonces, ¿por qué marchó con vosotros?

—La amena... zamos... Ja..., ja..., ja... Parece que la estoy viendo...

—¿Dónde están esos otros?

—En Portland... No... tu... vieron... suerte... Ellos la amenazaron, pero ella... resistió...

Había bebido tanto, que se quedó dormido sobre la mesa.

Joan, ante la información escuchada, estaba emocionada.

Para que no la vieran llorar, Pamela la llevó a su habitación.

Betsy, que estaba en el salón, en espera de que volviera a cantar Joan, buscaba a Jerry con la mirada.

Hacía tiempo que estaba allí, y los madereros, marinos y mineros que habían bebido un poco más de la cuenta, se quedaron mirando a la muchacha y sin darse cuenta de que estaban con ella los dos acompañantes, se acercaron para hacer que bailara con ellos.

En pocos segundos, se entabló una pelea, pero eran tantos que Teo se acobardó, así como su tío, y Betsy se vio de brazo en brazo.

Gritaba pidiendo auxilio pero lo único que hacían estos gritos era excitar más a los bebidos, que reían con ellos.

Los empleados de Pamela tuvieron miedo de impedir lo que estaba ocurriendo, por temor a que, como eran tantos, disparasen todos a la vez, en las condiciones en que se hallaban.

Cuando salían los dos amigos de la habitación de Pamela donde había quedado ésta con Joan, se encontraron con el jaleo que había en el salón.

Jerry, al darse cuenta de lo que pasaba, apartaba con violencia a los que estaban ante él, y llegó hasta la muchacha.

La arrancó violentamente de los brazos que la sostenían.

Los testigos corrieron hacia los lados, permitiendo a Rob que se acercara a los dos jóvenes.

—¡Llévatela de aquí, Rob! —pidió Jerry.

—No te preocupes. Ya no se acercarán más a ella.

Reaccionaron los que bailaban con Betsy, y en pocos segundos las armas trepidaron con rapidez. Se apagaron las luces a fuerza de disparos. Pero los tres jóvenes habían desaparecido por la puerta próxima que conducía a las habitaciones de Pamela.

Ésta, que acudía al salón al oír el escándalo y los disparos, se encontró con ellos en el pasillo.

—Encárgate de esta muchacha —dijo Jerry.

—No salgáis ahora. Déjales que se maten entre ellos —dijo Pamela, al saber lo que había ocurrido.

Y así lo hicieron.

Cuando todo quedó tranquilo, salieron al salón.

Betsy y Jerry no cruzaron entre ellos ni una sola palabra.

—¡Gracias por tu intervención, muchacho! —dijo Leopold—. De no ser por ti, nadie se hubiera atrevido a enfrentarse con ese grupo de borrachos.

Jerry dio media vuelta y, sin decir nada, abandonó el grupo formado por las dos mujeres, Leopold, Teo y Rob.

—Ese muchacho está demasiado incomodado para decir nada. Es mejor que no hable —comentó Pamela.

—Y tiene razón... Estos caballeros son dos cobardes.

Y Rob dio tan terrible puñetazo a Teo que lo hizo caer al suelo.

Sin esperar a que se pusiera en pie, marchó también.

Para Betsy era muy fuerte el desprecio que hacia ella suponía la actitud de los dos amigos.

Cuando Teo se puso en pie, buscó al que le había golpeado, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Dónde está ese cobarde? He de matarle. Me ha golpeado cuando no podía esperarlo. Por eso ha huido.

—De no haber marchado cuando lo ha hecho, te mataría ahora.

Teo miró a Pamela, que dijo esto, y exclamó:

—¡No creas que soy de plomo!

—No digo que seas lento. Pero ese muchacho te mataría, si estuviera ahora aquí.

—Ya te demostraré, cuando le vea, que no es lo que tú piensas.

—Lo que debes hacer, si es que quieres vivir algo más, es no provocarle.

—Te ha golpeado porque le ha dado rabia tu cobardía al no defender a esta muchacha, frente a esos borrachos.

—Pues ellos han desaparecido, después de quitarla de los brazos del que bailaba con ella en ese momento.

—No han querido matar a nadie porque se han dado cuenta de que era el alcohol el culpable de lo que hacían.

—¡Desaparecieron por miedo!

—¿Quién te ha dicho que fue por miedo? —decía Rob, a la puerta del local.

Teo se puso nervioso, ya que había hablado demasiado, y se veía obligado a demostrar que era capaz de hacer lo que había dicho.

—Lo que hiciste tú sí que es una cobardía. He venido para que no creas que me escapé por miedo a ti. Te he golpeado porque no he podido contenerme, pero aquí me tienes, dispuesto a lo que tú quieras.

—Le estaba diciendo que estabais tan nerviosos los dos que no has podido contenerte, y él se daba cuenta de que es así —dijo Pamela.

—Me alegra que lo comprenda. No debió dejar que se apoderaran de la muchacha.

Teo no decía nada. No se atrevía.

—Di a Joan que vendré más tarde a buscarla.

Y Rob salió, sin decir nada más.

Pamela, sonriendo, miró a Teo y no añadió nada.

—¡No te rías! —bramó Teo—. ¡No lo he dicho por ésta! Cuando le encuentre...

—Te matará. Es a lo que ha vuelto. Pero eres tan cobarde, que le das náuseas...

Y Pamela, sin añadir más, se retiró para dar órdenes a sus empleados, y que atendieran a los heridos que causaron los disparos habido durante el jaleo.

Después, se metió tras el mostrador para atender a los clientes que aún quedaban, y a los que seguramente entrarían todavía.

Teo no sabía qué decir.

Para Betsy, la actitud de Pamela con ella era otro desprecio claro.

Lo que más la disgustaba era que entendía justo lo que hacían con ella.

CAPITULO VII

En uno de los infinitos locales existentes en la ciudad, Walter presentó a Jerry y a Rob a los componentes de su equipo.

El capataz, sumamente molesto por tal decisión del patrón, comenzó a insultar a los dos jóvenes.

Los insultos y provocaciones se sucedieron y, a los pocos minutos de conocerse, el capataz de Walter estaba dispuesto a que las armas diesen la razón al más rápido y seguro.

—Lo que intentas es una locura —advirtió Rob—. No solamente somos más fuertes que tú, sino mucho más hábiles con las armas.

—¡Os demostraré vuestro error!... —exclamó el capataz.

Y sus manos se movieron con indudable rapidez, pero cuando las manos se aferraban a las culatas de las armas, recibió un impacto en el centro de la frente, que hizo fruncir el ceño a los testigos que en esos momentos pensaban que eran una locura enfrentarse a él.

Los que trabajaban a las órdenes del que había resultado muerto, miraron, admirados, sorprendidos y entusiasmados a Rob.

—No ha podido esta vez demostrar que era más rápido —decía uno.

—No debíais haber reñido... —empezó Walter.

—Odiamos a los cobardes —dijo Jerry.

—Y de los cobardes es mucho lo que debe saber el patrón de ese que he matado —agregó Rob, que estaba irritado.

Walter se puso serio.

—No comprendo qué es lo que queréis decir.

—Pues lo he dicho bastante claro. Que, con cobardes, sólo pueden trabajar cobardes. Por eso hemos decidido no pertenecer a su equipo.

—No debéis insultarme a mí...

—¿Es que no es verdad lo que ha dicho Rob?

—No. Ya sé que manejaís muy bien el «Colt». Éste acaba de demostrarlo, pero ello no os autoriza para que me insultéis a mí. Era el capataz el que no quería admitiros...

—¿No recuerda una vez que hubo unos agrimensores en Bakersfield, California, y se escaparon con una muchacha a la que amenazaron, llevándose, de paso lo que había de valor en el rancho, propiedad de los padres de esa muchacha, que ya estaba casada, y de su esposo, que quedó desconsolado?

La palidez de Walter se transformó en lividez intensa.

—Yo no intervine en aquello... Fueron Brooken y los otros...

—Fuiste tan culpable como ellos. Y no te hagas ilusiones. Te vamos a colgar para que, los que sepan las cosas, aprendan con el castigo.

—Te aseguro que yo no he hecho nada... —replicó, aterrado.

—¿No ibas con ellos? ¿Hiciste algo para evitar el mal o les obligaste a que no se llevaran nada?... ¡No!... Lo que hiciste fue aprovecharte de lo mucho que robaron y, con ello, te has creado una posición y has llegado a ser lo que eres. ¿Creías que no habría quién os pidiera cuentas de aquello? Pues ya ves como te equivocaste...

—Yo no iba, en ese viaje, con ellos... ¡Lo hicieron Brooken y los otros! ¡Les oí hablar de ellos!...

—Anoche dijiste la verdad, porque estaban bebido. Y ha llegado tu hora, cobarde —dijo Rob—. No quiero que puedes con vida, cuando me marche de aquí... —Y dirigiéndose a Jerry, agregó—: ¡Ve por Joan, quiero que le vea antes de que dispare sobre su repulsivo rostro!

Jerry no se detuvo. Salió del bar y se encaminó a la casa de Pamela para llamar a Joan.

Al verla entrar, Walter no sabía qué era lo que significaba la presencia de la muchacha allí.

Pero Joan, nada más entrar, y como había sido informada en el camino por Jerry de lo que pasaba, se enfrentó con Walter y le dijo:

—¡Fíjese bien en mí!... ¿No me conoces?

—Sí. Te he oído cantar, y lo haces muy bien...

—¡Soy aquella pequeña que había en el rancho de Bakersfield, en el que robaron y se llevaron a mi madre! ¡Le he reconocido así que le vi, y anoche estuvo hablando, bajo la influencia del alcohol, de lo que hicieron con mi madre! ¡Dijo dónde está ella! ¡Es usted un cobarde!... He venido desde California porque me habían dicho que se hallaban por aquí. Ahora ya sabe por qué he venido a ganar tan poco dinero a una tierra tan apartada. Sé que no se explican muchos la razón de que esté aquí. Ya lo saben todos... ¡Buscaba a este cobarde! ¡Y quiero ser yo la que le castigue!

—No —dijo Rob—. Es cosa mía. Sólo quería que le hablaras para que sepa la razón de que le mate. Ahora que lo sabe, sólo espero a que se defienda porque no quiero disparar sobre un indefenso.

—¡No me mates! ¡Os daré todo lo que tengo, y es mucho! ¡Yo no hice nada a tu madre, y te diré dónde está! ¡Si me matas, no lo sabrás nunca!

—Ya lo dijiste anoche. Tiene un saloon, en Portland. No será difícil encontrarla. Así que defiéndete, porque voy a disparar sobre ti.

Walter, que tenía la más absoluta seguridad de que Rob no bromeaba, quiso defender su vida del único modo que le era posible.

Sus manos se movieron con la mayor rapidez de que era capaz.

Pero el enemigo era demasiado peligroso para él, y cayó muerto, sin haber conseguido disparar.

—No siento nada ante la muerte de este cobarde, que fue la causa de que quedara sin padre y de que mi madre esté lejos de mí —dijo Joan.

Los testigos hablaban entre ellos, haciendo toda clase de comentarios.

La muerte de Walter no era sentida por nadie.

El *sheriff*, al tener noticia de lo que había pasado, no se atrevió a decir nada al matador.

Todos los testigos coincidían en que, aunque había motivos para matarle sin dejarle que se defendiera, se le permitió la defensa, que no pudo tener éxito porque el enemigo era demasiado rápido para él.

En casa de Leopold se habló de lo que había pasado, y el tío de Betsy dijo a Teo:

—Y querías provocarle para terminar con él. Hiciste bien en no querer enterarte de que te habían llamado varias veces cobarde. Procura no enfrentarte a esos muchachos. Me parece que el otro es más peligroso aún.

Teo no dijo nada. Estaba pensando lo mismo que Leopold, y sabía que, si vivía aún, era porque no se había enfrentado al que aseguró que iba a matar.

Pamela, al saber que Rob había matado a Walter, dijo a uno de sus empleados:

—No quisiera estar en la piel de los que intervinieron en aquello. No dejarán uno de ellos con vida.

—¿Crees que irán a Portland, en busca de ellos?

—Estoy segura de que lo harán.

—Entonces, pienso como tú.

No pudieron seguir hablando de este asunto porque aparecieron, en la puerta, los tres jóvenes.

—Ya empezó mi venganza, aunque no he sido yo la que lo ha hecho —dijo Joan a Pamela.

—Bien ajeno estaba Walter de que pudiera ser descubierto, en esta ciudad.

—He estado mucho tiempo buscando su rastro. Ahora he de ir a Helena. No quiero que el más responsable quede sin castigo.

—Iré contigo —ofreció Rob.

—No. Tú tienes una misión que cumplir aquí.

—Puede esperar. Además, no he encontrado el menor rastro de ellos. Tal vez no estén aquí. Son otros que han hecho una cosa parecida a éstos. Por ello, siento un verdadero placer en ayudarte. Me parece que estoy castigando a los que me hicieron tanto daño. Pero éstos saben que he de rastrearles. Han temido que me enterara de ello, pero no ignoran que tenía que saberlo.

—Es que quiero ser yo la que les castigue.

—Será mejor que lo haga yo —insistió Rob—. ¿Qué vas a hacer tú, Jerry? Lamento separarme de ti.

—No lo sé. Es posible que regrese a mi refugio en la montaña.

Nadie dijo nada.

Pero cuando se acercaban al mostrador, Jerry se fijó en uno de los madereros, y se puso muy pálido, de lo que se dio cuenta Rob, mirando hacia donde lo hacía el amigo, en busca de la causa de esta palidez.

El maderero que había hecho palidecer con su presencia a Jerry, se quedó mirándole con estupor.

Trató de retroceder hasta la puerta, pero Jerry le llamó:

—¡Bennington!

Se detuvo el aludido.

—No me llamo así... —dijo, aunque con claro miedo.

—Nada me importa el nombre que te hayas puesto. Sabes que te conozco bien, como te pasa a ti conmigo. No creí que te volvería a encontrar más en mi vida. ¿Qué haces por aquí? ¿Es que has abandonado el Cuerpo?

—Te digo que no me llamo Bennington... Y no te conozco...

—Eres un estúpido, si tratas de negar. No puedo confundirte con otro. Has estado a mis órdenes algún tiempo, y fuiste uno de los culpables de aquello que pasó, y por lo que me recluí en la montaña para no tener que matar a más, pero no puedo dejar que te escapes, ahora que te he encontrado cuando menos lo esperaba.

—Está bien, Jerry. Tienes razón. No es posible que dejes de conocerme. Pero en aquel asunto no intervine yo. Tú lo sabes. Mataste a los autores, aunque dejaste al principal culpable...

—¿A quién te refieres?

—Lo sabes perfectamente. Era tu amigo, pero fue el que efectuó la denuncia, cuando eran ellos los que hicieron aquello.

—Tú también tomaste parte. Pudiste decir la verdad, y preferiste guardar silencio...

—Tenía miedo a Quitman. Él fue quien te denunció, y el que asesinó a los prisioneros. Te dejaron en el pueblo para poder hacerlo.

Jerry guardó silencio, y quedó pensativo como si tratara de recordar algo.

—Tú lo sabías, y no hablaste.

—Me salí del Cuerpo, por miedo a Quitman. Me hubiera matado, de no hacerlo.

—No hablaste, y eso que sabías que no fui yo. Tu testimonio habría valido de mucho.

—Estoy dispuesto a hacer una confesión, y a firmarla ante testigos. Iré a Washington, si es necesario.

—Es una buena idea. Sí. Una buena idea. Demostraría mi inocencia para tranquilidad de mis familiares, que es lo que me ha preocupado siempre. Vas a hacer una declaración detallada, y la firmarán todos los que están presentes.

Rob miraba a Jerry, sorprendido.

—¿Eres Jerry F. Curwood? —inquirió.

—Sí. Yo soy. Pero ya ves que estoy alejado de mis tareas habituales de antes. Nada tienes que temer, por lo tanto. Soy tan perseguido como tú.

—¿Es que me habías conocido?

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque no lo creí necesario. Te he estimado siempre, y te defendí cuando hubo oportunidad de ello. No has matado jamás a quien no lo mereciera. Nos ahorraste un buen trabajo. Pensaba como tú, que es el «Colb» quien debe castigar para evitar que se reincida en los crímenes. Un ladrón puede corregirse... ¡Un criminal es más difícil!

Joan, que escuchaba, como todos, miraba, sorprendida, a los dos.

—He oído hablar de ti, y con gran cariño, por cierto. Es un muchacho que te quieres mucho. Se llama Ames Haword, ¿le recuerdas?

—Ya lo creo...

—Es inspector, hace unos meses. Pasó por aquí, rastreando a unos granujas.

—Me he acordado mucho de él porque dijo que volvería por aquí, y no lo hizo. Aseguró, hablando de ti, con otro que le acompañaba, que no eras culpable de lo que se te acusa, y que no comprendía la razón de que hubieses desaparecido, sin terminar tu obra justiciera.

—Cuidado, Bennington. Hay pocos que me conozcan tan bien como tú.

—No pienso utilizar mis armas...

—No podrías llegar a ellas —dijo Rob.

Miró con atención a Rob, y frunció el ceño.

—¿Es que no me conoces? —añadió Rob.

—Sí, creo que sí. Es cierto que Jerry te defendió siempre, aunque no estaba de acuerdo con él.

—¿Qué es lo que has hecho para salir de los federales? No creo que te hayas marchado por miedo a Quitman.

—Es verdad que me separé por eso.

—Ya te he dicho que no lo creo. Tenías a Quitman en tus manos con mi asunto, y estoy seguro de que has sabido explotarlo. Pero hagamos esa declaración.

En pocos minutos estuvo preparado cuánto era preciso para que escribiera lo ocurrido con detalle.

Bennington escribió durante muchos minutos y, al terminar, lo entregó a Jerry para que lo leyera y diera su conformidad.

Pero se equivocó con el joven. Cuando, aprovechando, al suponer que estaba distraído con la lectura, fue a sus armas, con el deseo de terminar con él, se encontró con un disparo y una carga de plomo que le dobló las piernas poco a poco hasta hacerle caer de bruces.

Los que se dieron cuenta de los propósitos del traidor, no tuvieron tiempo de avisar a Jerry, y al ver que se había adelantado a él, se alegraron.

—Estuvo escribiendo mucho, con la esperanza de que, al leer, me distrajera, y ha escrito todo lo que es verdad —decía Jerry.

—Podemos firmar, como testigos, ya que en realidad hemos visto que es él quien lo escribió.

Y Jerry se emocionaba al ver que firmaban, sin leer lo que se decía en el escrito.

—Debéis leer lo que escribió —dijo él.

Y leyó en alta voz la declaración de Bennington.

Buscó, luego, al *sheriff* para que firmara, en su condición de autoridad. Y aunque no le apreciaba, al saber quién era, no pudo oponerse a lo que le decía.

Mientras leía el escrito, miraba a Jerry, extrañado.

—Debiste decirme que eras un inspector de los federales.

—Ya no lo soy. Me marché, ante el temor de tener que seguir matando a compañeros. Y me metí en la montaña, haciéndome cazador.

—Pero, de todos modos, no eres un maderero ni un buscador vulgar.

Con las firmas que tenía el escrito hecho por Bennington, era más que suficiente para demostrar que era real la declaración.

De puño y letra del *sheriff* y el juez, se añadía que había sido muerto el declarante por los testigos de la confesión, en un momento de ira por lo escuchado.

El escrito pensaba enviarlo Jerry a su casa. Lo único que le interesaba era que allí creyeran en él.

Rob decía a Jerry:

—Debiste avisarme quien eras.

—Nada tienes que temer de los agentes que te conocen. Saben que no mataste a nadie que no fuera un granuja.

—Pero estoy reclamado por varias autoridades.

—Amigas de los que tuviste que matar. No son justos. No te preocupes, y ayuda a esa muchacha, en su deseo de justicia. He pensado como tú, y ello es lo que hizo posible que se me acusara de la muerte de los prisioneros que asesinó Quitman para que no pudieran decir que él estaba complicado en el robo de ganado y en el atraco a un Banco.

—Con la declaración que tienes en el bolsillo, puedes volver al Cuerpo.

—No pienso hacerlo. Han dudado de mí, y no se lo perdono. Si me metí en la montaña, fue por no tener que ir matando a los que habían admitido que yo fuera el asesino de los detenidos. Eso era suponerme mucho peor de lo que he sido y soy. Mato en una pelea, pero soy incapaz de hacerlo valiéndome de que estuvieran detenidos e indefensos.

—Habrá muchos compañeros que no lo hayan creído.

—No lo sé.

Joan, que ya había expresado a Jerry su sorpresa, se unió a los jóvenes.

—Pamela está muy disgustada porque nos vamos a marchar los tres, con quienes se estaba encariñando. Le he prometido que otra vez volveremos por aquí.

—Es una buena muchacha —dijo Rob.

—Es posible que marche con vosotros hasta Helena. Debe andar por allí Quitman, y me agradaría que hiciera una confesión como la que tengo en el bolsillo.

Los dos expresaron su alegría, por estas palabras.

Pero minutos más tarde, hablaban los tres sentados a una de las mesas en casa de Pamela, haciendo tiempo para que Joan cantara.

—Me parece que Brook puede esperar —decía Joan—. Estoy deseando poder abrazar a mi madre. Y Portland esta mucho más cerca.

—Tiene razón Joan. Es lo que debe hacer.

—No es que deje de castigar a quien la sacó de casa con amenazas que le convirtieron en una mueca en sus manos.

—Pero puede esperar. Lo urgente es encontrar a tu madre.

—Y en Portland hay dos de los responsables de lo que pasó en California.

—Pero Portland es más peligroso para ti, Rob —medió Jerry.

Rob guardó silencio, ya que comprendía que lo que hablaba Jerry era cierto.

En Portland, estaban muchos de los agentes que anduvieron por California, y aunque la mayoría de ellos le estimaban, podía haber otros que, por el afán de hacerse populares, quisieran detener a Rob.

La amenaza de detención suponía disparar las armas, y, si mataba a un federal, la cosa se complicaba extraordinariamente.

Por fin, Joan se adelantó, diciendo:

—Me interesa, de momento, mucho más Brooken, para que no se me escape. Mi madre, si tiene ese negocio, estará en Portland más tiempo. Lo mismo da, después de tantos años, unas semanas más.

Pero Rob se dio cuenta de cuáles eran los propósitos de los dos, y dijo:

—Os estáis poniendo de acuerdo para que no vayamos a Portland.

—Es que me interesa más el castigo de Brooken —insistió Joan.

Pamela abandonó el mostrador, y se sentó con ellos.

Joan marchó a prepararse para actuar.

—¿Por qué sigue Quitman de inspector? —se preguntaba Jerry.

—Es posible que ignoren que era el verdadero culpable. Y, además, ignoras si está en servicio todavía —replicó Rob.

Jerry finalizó por guardar silencio.

Joan aparecía, en esos momentos, en el escenario.

CAPITULO VIII

—Creo que tendrás que casarte con Teo para que no le veamos siempre de mal humor...

—¡Eso ni lo sueñes, tío! —exclamó Betsy—. ¡No le amo ni le amaré jamás!

—Ya lo sé. Lo decía en broma. Tú estás enamorada de ese inspector, y a él le sucede lo mismo contigo. Si no ha marchado a su refugio, es por ti.

Betsy veía en la nueva actitud de su tío un verdadero propósito de hacerse amigo de Jerry.

Pero sabía que Pamela conocía muchas cosas de los dos socios.

Habían terminado de comer, y Betsy trataba de montar a caballo para ir a dar un paseo, cuando se presentó un hombre para hablar con su tío y con Teo.

—Es inútil —decía su tío a gritos—. Tendrás que pagar lo que debes o me quedaré con los árboles que tienes en el suelo, y lo que te queda de bosque.

—Pero si es mucho más el valor de todo eso.

—No es culpa mía, si no has querido devolver el dinero que te dejé.

—¡Sois unos cobardes! No dejáis que lleve la madera al puerto. Los hombres de vuestro equipo se esconden tras los árboles, cuando se hace el traslado por el río y disparan a matar. Se asustan los que manejan las pértigas, y os quedáis con la madera abandonada.

—¡Procura no hablarme así otra vez!

Betsy vio que el tono en que hablaba su tío era muy distinto al empleado en casa.

Parecía que se trataba de un hombre completamente distinto.

—No puedo hablar de otro modo. Me robáis lo que es mío. ¡Muy mío!

—Calla, y no digas que soy un ladrón, porque no podrás repetirlo otra vez.

—¡Lo diré hasta que me oigan todos y!...

Betsy sintió una angustia intensa, y un odio más profundo aún.

Vio a su tío disparar, a sangre fría, sobre el hombre que discutía con él.

Montó a caballo, y se lanzó al galope, en dirección al pueblo.

Leopold se dio cuenta de que le había visto asesinar al que había ido a protestar y, buscando su caballo, trató de alcanzarla para que no llegara al pueblo, diciendo lo que había visto.

Tenía miedo a que se encontrara con el inspector de los federales.

Pero era mucha la delantera que le llevaba, y no le daba alcance.

Cuando vio las primeras casas de la ciudad, estuvo a punto de volverse, pero siguió para ver si es que estaba en la oficina.

Desmontó ante la puerta de la misma. Mas al preguntar por su sobrina, le dijeron que no la habían visto.

Salió de la oficina y, al pasar frente a la casa de Pamela, vio el caballo que había traído Betsy.

No se atrevió a entrar, por miedo a encontrarse con Jerry y Rob.

Betsy había ido directamente en busca de Pamela para que ésta avisara a Jerry, que fuera a hablar con ella. Estaba asustada de lo que había visto y lo que estaba diciendo la dueña del saloon, cuando apareció Joan, que fue presentada por Pamela.

Hablaron las tres animadamente.

Rob se acercó a ellas.

—¿Qué es lo que sucede, que habláis con tanto misterio? —preguntó.

—Esta muchacha nos está refiriendo un crimen del que ha sido testigo.

Y Pamela hizo que Betsy refiriese a Rob lo que había visto.

—No comprendo cómo, en una ciudad tan populosa, se permite que unos hombres puedan cometer los crímenes que se les antoja, y roben a todos.

—¿A quién te refieres? —preguntó Jerry, acercándose.

Al ver a Betsy, se puso serio.

Al conocer lo que pasaba, comentó:

—No te preocupes. Es así como puede aumentar la herencia que va a dejar, y con la que soñaste durante el viaje.

Estas palabras restallaron en el rostro de la muchacha como si la hubiera dado con un látigo.

Y acongojada, se echó a llorar en los brazos de Pamela.

—No debes abusar tú, también, de esta muchacha —dijo Pamela—. Está asustada, y no es modo de recibirla.

—Le advertiste cuando llegamos, lo que eran su tío y el socio. ¿Qué es lo que hizo? Marchar con ellos. Aspiraba al dinero que tiene y le atrae.

Con estas palabras, el llanto de Betsy aumentó.

—¿Quién era el hombre al que ha matado ese cobarde?

—No sabe su nombre. Pero me imagino que se trata de Rossell. Es el que estaba preocupado por la deuda que tenía con Leopold, y que vencía ahora.

—Envía recado a casa de Rossell para que te convenzas de que se trata del mismo.

Pamela, sin dejar de consolar a Betsy, dijo a uno de los empleados de la casa que averiguase qué había sido de Rossell.

—¿Qué es lo que hace el *sheriff*, ante estos casos? —inquirió Jerry—. Vayamos a verlo.

Y salió, acompañado por Rob.

Entraron sin llamar en la oficina del *sheriff*, que estaba sentado a la mesa, y se les quedó mirando con sorpresa.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—Hosston ha asesinado a un hombre —respondió Rob.

—¿Asesinado?

—Sí. Su sobrina lo está diciendo en el saloon de Pamela, y ésta cree que se trata de un tal Rossell.

—Habrán discutido. Rossell tiene una lengua terrible. Habrá insultado a Hosston, y éste, temiendo que disparase sobre él, se le habrá adelantado. Eso no es un crimen ni un asesinato. Se ha defendido.

—Entonces, defiéndase usted, *sheriff*, le voy a llamar cobarde, y mis armas se van a encariñar con su cuerpo, al que van a enviar un mensaje de plomo que...

El *sheriff* temblaba.

—Yo no os he hecho nada... Es que conozco a Rossell, y sé que su lengua es terrible. Me ha insultado muchas veces...

—Tendría motivos para ello. ¡Es usted un cobarde!

—Tranquilízate, Rob —decía Jerry—. Es que el *sheriff* no sabe que ha disparado sobre la víctima cuando ésta no podía sospechar que lo hiciera.

—Pero tiene que conocer a Hosston. Lo que pasa es que es amigo suyo.

—Le voy a demostrar que no es así, ¿verdad, *sheriff*? Va a detener a Hosston y, como ejemplar castigo, le va a colgar para que lo vean todos.

—Es que yo... no... puedo... hacer eso...

—Tendrá que hacerlo otro. El *sheriff* ha terminado de cometer canalladas. No quiero ver a un cobarde, con esa estrella en el pecho.

—Sí..., sí... detendré a Hosston y le colgaré...

—No lo creo, *sheriff*. Lo que quiere es ganar tiempo, porque sabe que estoy decidido a matarle.

—No. Te aseguro que le detendré.

—Lo hará —dijo Jerry—, porque le servimos de ayudantes, ¿verdad, *sheriff*?

El representante de la ley contaba con esta complicación.

Pero como siempre era preferible a dejar que le mataran, de momento, dio su conformidad.

Rob no se dejaba convencer, pero tanto insistió Jerry, que no tuvo más remedio que acceder a ir con el *sheriff*, en busca del asesino.

El de la placa, asustado de lo cerca que estuvo de morir a manos de Rob, hacía todo lo que los dos amigos dijeran.

El ayudante del *sheriff* llegó, y, al ver el rostro de su jefe, supuso que pasaba algo desagradable.

—Vamos a detener a Hosston —dijo el *sheriff*—. Puedes irte por ahí.

Cuando salía el ayudante, dijo Rob:

—Espera un momento. Nada de avisar a Hosston. Quédate aquí, y así presenciarás cómo mato a este cobarde, que aún te enviaba para que avisases a ese otro cobarde.

Jerry se dio cuenta de que tenía razón Rob.

—¿Es verdad que ibas a avisar al asesino de Hosston, de que vamos a detenerle?

—Es lo que el *sheriff* le indicaba —replicó Rob.

—No... ¡No iba a avisar a nadie, me iba a dar un paseo!

—Eres, además de un cobarde, un embustero.

Y Rob, que no podía contenerse, dio al ayudante una bofetada que retumbó en la oficina.

Retrocedió, asustado, porque Rob había colocado la mano derecha, después de abofetearle, sobre la culata del revólver de ese lado.

—¡No me mates! —gritó—. ¡Es cierto que iba a avisarle, porque es lo que ha querido darme a entender el *sheriff*, que es muy amigo de Hosston!

—Eso está mejor. Perdona que te haya golpeado. ¿Te convences, Jerry, cómo es mejor matar primero a este cobarde?

—Quiero que, si tenemos que matarle, sea ante muchos testigos.

Rob pensó que la condición de federal en Jerry era un freno para él.

Salieron los cuatro a la calle, ya que el ayudante dijo que iría con ellos, y Rob llamó a los que pasaban por allí para darles cuenta de lo que pasaba.

—No creo que el *sheriff* se atreva a detener a su amigo.

—Puedes venir con nosotros para que lo veas —dijo Jerry.

Y de este modo, reunieron un grupo de jinetes, que no bajaría de veinte.

—Hosston está en el pueblo —dijo alguien—. Le he visto ir a su casa de aquí, hace poco.

Esto bastó para que se encaminaran a la casa-oficina del tío de Betsy.

El *sheriff*, con el ayudante y los dos amigos, se acercaron a la puerta, en la que llamaron.

Fue el propio Hosston el que abrió, y, al ver al *sheriff*, se tranquilizó.

—Hosston —dijo el *sheriff* con voz fuerte—. ¡Has de venir, detenido, conmigo! ¡Se te acusa de haber asesinado a Rossell!

—Me he defendido; me atacó y no iba a dejar que me matara en mi propia casa.

—Lo siento, pero he de detenerte.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿No te estoy diciendo que me defendí?

—Has de venir detenido. Ya aclararemos lo que ha pasado. Tu sobrina es la que te acusa.

—Esa muchacha no me quiere bien. No puedes creer lo que ella diga. No conoce estas cosas.

—Le están diciendo que venga con nosotros —añadió Rob.

—Nada tienes que ver, en estas cosas.

—Es que es el *sheriff* el que le está diciendo que queda detenido.

—Pero el *sheriff* me conoce, y sabe que cuando yo digo...

—Nada de discutir más. ¡Vámonos! —dijo Rob, encañonando a Hosston.

Muy pálido éste, se dio cuenta de que no había remedio para él, si no acompañaba al *sheriff*. Ya le convencería para que le dejara escapar.

Era lo mismo que estaba pensando el representante de la ley.

Pero ninguno de los dos contaba con Jerry.

—Está bien, pero conste que esto es una injusticia. Además de no pagar lo que me debía, y que lo sabe toda la ciudad, se presentó en el rancho, dispuesto a terminar conmigo. He defendido mi vida. Estaba en mi casa. Eso no ha sido delito nunca. Ya veréis cómo el jurado, cuando se me juzgue, opina lo mismo.

—No habrá juicio para ti —dijo Rob—. Éste es el jurado.

Y los jinetes, que habían desmontado, aparecían por todos los sitios.

Perdió Hosston la serenidad, a la vista de ellos.

—No permitirás, *sheriff*, que, en tus mismas narices, se me cuelgue. Es lo que todos éstos quieren hacer.

—No temas —dijo el *sheriff*—. Serás juzgado, por lo que dice tu sobrina que has hecho. Supongo que tendrás testigos en el rancho.

—¡Ya lo creo! ¡Estaban delante varios de los vaqueros!

—Estáis perdiendo el tiempo los dos —dijo Rob—. No habrá juicio ni engaños de nadie.

—No es posible que un federal admita que se cuelgue a un hombre sin demostrar su culpabilidad —decía el *sheriff*.

—No sólo le vamos a colgar, sino que le acompañará el cobarde del *sheriff*, que es amigo de un granuja.

—¡No es posible!

Y el *sheriff*, asustado, retrocedió.

—Está bien —siguió el *sheriff*—. Si queréis colgarle, podéis hacerlo.

—Eres un cobarde. ¿Por qué no dices que ayudas a determinados equipos a evitar que otros lleven la madera por el río hasta los almacenes de la ciudad? ¿Por qué no lo dices?

—¿Estáis viendo por qué el *sheriff* tenía miedo de detener a Hosston? Son cómplices en los mismos delitos. Ese equipo a quien ayuda el de la placa es el de Hosston. ¿Y sabéis cómo evitan que llegue la madera a los almacenes? Yo os lo diré; ¡asesinando a los que manejan las pértigas!

—No le hagáis caso. Trata de complicarme en sus cosas para vengarse de esta detención. Me tenía engañado. No sabía que fuera un asesino. Yo me

encargaré de castigarle y...

Y el *sheriff* quiso emplear su «Colt», pero fue desarmado por Rob.

—¿Te has dado cuenta cómo es un cobarde? —decía Rob a Jerry.

—Creo que tienes razón. Si no te adelantas, nos hubiera matado a los dos. Le colgaremos, con él.

Los que habían acompañado al *sheriff* y a los dos amigos, se lanzaron sobre el *sheriff*, que tenía la mano herida, en la que ya había sostenido el revólver con ánimo de disparar.

—¡No me matéis! ¡No iba a disparar nada más que sobre Hosston, que es un embustero y un cobarde!

—Has sido el que ha disparado varias veces el rifle, en el río...

Hosston no se daba cuenta, en su furor contra el *sheriff*, que lo que decía era un arma contra él.

Por eso los que escuchaban, y que eran madereros en su mayoría, al saber que se trataba de los que habían asesinado a varios compañeros, cayeron sobre ellos, y les arrastraron hasta debajo de un árbol.

Varias cuerdas rodearon el cuello de los dos.

Pocos fueron los minutos que tardaron en estar, colgados.

Cuando la noticia se extendió, aterrorizó a los vaqueros del rancho de Hosston y Teo, disponiéndose a alejarse.

—¿Qué es lo que pasa con esos muchachos? —preguntó Teo, sorprendido.

—Se marchan todos —respondió el interrogado—. ¡Yo también lo haré!

—Pero ¿puedo saber la razón por la que nos abandonáis?

—¿Es que no sabe que han colgado, en la ciudad, a Hosston y al *sheriff*?

Teo se puso como la nieve.

Era la primera noticia que tenía de lo que había pasado con su socio.

—¿Y dices que han colgado al *sheriff* con él?

—Sí, y no tardarán en presentarse aquí para hacer lo mismo con los que encuentren en el rancho y en el bosque. Hosston confesó que éramos nosotros los que disparábamos para que no llegaran con la madera a la ciudad, y están todos los madereros furiosos y deseando seguir colgando a los que formamos parte de este equipo. No vamos lejos.

Teo paseaba, nervioso.

No quería abandonar lo que les había costado tanto conseguir, pero no quería, tampoco, que le colgaran como habían hecho con su socio.

Entró en la vivienda, y empezó a registrar en la habitación que había sido de Leopold.

No encontraba lo que buscaba, y los minutos pasaban.

Vio marchar a los vaqueros, que galopaban con desesperación para alejarse de la casa y del rancho y, aunque sentía miedo, no dejaba de buscar.

Pero vio a lo lejos, y por la ventana de la habitación, un grupo de jinetes.

Como un loco, salió de la casa, y corrió en busca de su caballo, en el que montó, sin silla.

Después de tanto como había querido buscar en la habitación de su socio, marchaba sin llevarse dinero ni nada que lo valiera.

Una vez que galopaba, alejándose de la casa, pensó en la dirección que debía tomar, y decidió ir a la cabaña del bosque para poder volver en cualquier momento, en busca del dinero.

Los jinetes echaron pie a tierra ante la casa, pero con las armas empuñadas.

—¡No hay nadie! —exclamó uno—. Han marchado todos. Aquel jinete que iba lejos, parecía Teo. Ha debido vernos, y escapa antes de que le suceda lo que a Leopold.

CAPITULO IX

Rob y Jerry, que figuraban entre los jinetes, entraron en la casa, y se convencieron de que no había nadie.

Más despacio buscaron en las habitaciones y encontraron lo que no había sido capaz Teo de localizar, por su estado de ánimo.

Dejaron un grupo de vaqueros para que cuidaran del ganado, que lo había en abundancia, y regresaron a la ciudad.

—Hay que hacer lo mismo con el bosque. No deben paralizarse los trabajos de corta —decía Rob.

Betsy estaba atendida por Pamela.

De la oficina se haría cargo Jerry hasta que apareciera quien estuviera en condiciones de sustituirle.

Con tal motivo, ya que le ayudaba Rob, la marcha de Seattle se estaba retrasando, y Joan seguiría cantando para que Pamela pudiera ganar más dinero.

Joan sentíase feliz, entre tanta sencillez y entusiasmo.

Betsy se hacía muy amiga de ella, y las dos se confesaron sobre los hombres de, quienes estaban enamoradas.

—Hemos de hacer que Jerry se quede aquí contigo. No necesita regresar a los federales. Podéis atender este negocio, que ha de dar dinero, si es un hombre inteligente el que se encarga de ello, y Jerry lo es.

—¿Y qué es lo que vas a hacer tú? Rob es un gran muchacho, aunque digan de él lo que quieran los pasquines que han hecho en contra suya.

—No lo sé. Jerry, asegura que nada tiene que temer de los federales, ya que éstos saben que ha matado siempre porque se ha visto obligado a ello.

—Debes decirle que le amas para que rehaga su vida. Podíais quedaros aquí, con nosotros. Hay para todos.

—Te lo agradezco mucho. Pero he de buscar a mi madre para que sepa que vivo, y que la quiero a pesar de todo. Hoy, que soy mujer y que amo a mi vez, me doy cuenta de lo que sería capaz por salvar al hombre amado de un peligro que considerase seguro.

—Ha tenido que sufrir mucho.

—Se dejó deslumbrar por el vocabulario a que estaba acostumbrada, y que echaba de menos junto a su esposo, todo corazón.

—Sin embargo, ya has visto que después se mantuvo tan pura como había sido siempre.

—Si marchó con ellos fue porque la amenazaron con matar a mi padre y a mí... ¡Estoy segura!

Conversaciones como ésta se repetían una y mil veces cada día.

Los dos muchachos estaban entretenidos en la atención del negocio de maderas.

Pasaban los días, sin que hablaran de marchar.

Pero Joan que tenía deseos de encontrar a su madre, dijo que se alejaba en uno de los barcos que estaban en la ciudad, y que ya había hablado con el capitán. La dejaría en Portland, a su regreso para California.

Al enterarse de ello, Rob dijo a Jerry que se iba a marchar.

—Pero cuando termine con el asunto de esta muchacha, volveré —añadió.

—Te esperaré, aunque creo que es mejor que te acompañe. Es posible que me entere dónde está Quitman. No viviré tranquilo hasta que no le haya castigado. Decía que era mi amigo, y es el que asesinó para culparme. Debo matarle, y lo haré.

—No debes dejar sola a Betsy. No tiene a nadie más que a ti. Este negocio necesita que se le atienda bien, y ella sola no puede.

Jerry quedó pensativo, y no dijo nada.

Reconocía que lo que decía Rob era verdad. Dejar sola a Betsy era condenar al fracaso el negocio de maderas.

Pamela le habló en el mismo sentido, y decidió quedarse hasta que alguien pudiera hacerse cargo de la oficina. Había nombrado capataz en el bosque y en el rancho, y eran hombres en los que podía confiar.

Reunió a los otros madereros que tenían deudas con Leopold, y les dijo que nada tenían que preocuparse de las deudas, y que lo que tenían que hacer era unirse para vender al mismo precio, y poder atender a los compromisos que se derivan de la producción de madera.

Era la solución de las rencillas existentes entre ellos y, por esta razón, Jerry se convirtió, solamente en horas, en un verdadero ídolo.

Con esta agrupación de productores de madera, la situación de Betsy era más firme, aunque no estuviera él en Seattle.

Se formó una especie de comisión para atender a lo que hacía relación con la venta, y otra para que los trabajos estuvieran atendidos.

Se levantaba un edificio de madera para que la especie de sociedad formada, tuviera su domicilio.

Como las rencillas de los propietarios de parcelas en los bosques descendían hasta los trabajadores, al unirse todos, las discusiones terminaron, desapareciendo las peleas que siempre había entre los madereros.

Todo se debía a Jerry, a quien hicieron presidente de la sociedad establecida.

Cuando todo estaba perfectamente organizado, y los estatutos de la sociedad aprobados, dijo a Rob que podía marchar con ellos.

La muchacha había dejado pasar el barco en que tenía pasaje y lo mismo sucedió con otros varios.

Por eso cuando oyó decir a Jerry que se marchaba con ellos, se sintió alegre y triste.

Joan, al despedirse de Pamela y Betsy, prometió que volvería.

* * *

Desde lo alto del puente del barco, contemplaban los tres la ciudad de Portland, que era una cosa parecida a Seattle, aunque más populosa todavía, y con más bares en los muelles.

Una vez atracado el barco, descendieron, sin que nadie se fijara en ellos, a no ser por la muchacha.

Joan estaba segura de que su madre habría cambiado de nombre, así que no podría buscarla por éste.

Pero no serían muchas las mujeres que fueran propietarias de locales.

—Me han dicho que hay un saloon al final del muelle, que pertenece a una tal Ketty. Hay otro en el centro de la ciudad, de una tal Anna.

—Ésa debe ser. Conserva su nombre de pila —dijo Joan.

Joan estaba segura de conocer a su madre, de la que se acordaba de cuando era muy niña.

La dueña del local estaba en el mostrador, atendiendo a unos clientes, y se quedó mirando a los tres jóvenes, que avanzaban, decididos.

Joan conoció en el acto a su madre, pero aconsejada por los que la acompañaban, supo contenerse.

La madre la miraba con atención e interés.

—Sois forasteros, ¿verdad? —dijo.

Pero Joan, sin poder contenerse, y llorando, dijo:

—¡Madre!

Salió del mostrador corriendo la madre y se abrazó, entre llantos y lágrimas, a la hija.

—¡Hija mía! —decía—. No creí que volvería a verte nunca más. ¿Quién te ha dicho que estoy aquí? ¿Y tu padre?

—Murió hace años. He sabido que estás aquí, por Walter.

—¡Venid, pasemos a esta habitación!...

La madre llevaba a Joan abrazada por la espalda, y sin dejar de llorar.

Hablaron durante más de dos horas. Bueno, era la hija la que habló.

Cuando supo que habían matado a Walter, dijo:

—Era una mala persona, como todos ellos. Me asustaron. Pero estoy viendo a mi hija, y me parece mentira. ¡Qué guapa te has puesto!

Rob y Jerry dejaron solas a las dos mujeres, y salieron al saloon para beber algo.

De este modo quedaban en mayor libertad ellas para hablar de sus cosas.

Estando ellos en el mostrador, llegó un hombre de aspecto rudo y cruel, que dijo:

—¿Y Anna?

—Está con su hija, ahí dentro.

—¿Con su hija?... ¿Es posible?

—Así parece...

—¿Cómo ha sabido esa muchacha que estaba aquí? ¿Ha venido sola?

El barman miró a los dos, y no respondió, pero quién hablaba se dio cuenta de lo que le había querido decir el barman, y les miró, curioso.

—¿Sois vosotros los que habéis llegado con una joven?

—Sí —respondió Rob—. ¿Por qué?

—¿Es que has estado por California alguna vez? —dijo Jerry.

—Eso no creo que te importe mucho a ti.

—Estás equivocado. Nos interesa mucho. ¿No serás uno de aquellos agrimensores que estuvieron en cierto rancho de Bakersfield?

No era necesario que respondiera afirmativamente, ya que su rostro lo indicaba.

—Estoy seguro de que es uno de aquellos cobardes —dijo Rob.

—No parece que habéis tenido mucha suerte al venir a Portland, porque me estáis insultando, y eso es peligroso. Podéis preguntar al barman.

—Si eres uno de aquellos cobardes, pronto libraremos a Portland de su presencia.

—No creí que íbamos a tener la suerte de encontrar, a los pocos minutos, a uno de los dos que nos interesan —decía Jerry.

Los que escuchaban, y que debían tener del que hablaba con los dos jóvenes un concepto de matón se retiraron de ellos, y miraban con pena a los jóvenes.

—Repito que no habéis tenido suerte...

—¿Dónde está tu compañero y cómplice?

Las dos mujeres aparecieron en ese momento, y la madre de la muchacha, al ver a los dos discutiendo con el que lo hacían y los curiosos separados en círculo, se puso pálida y dijo:

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Es éste uno de los dos que nos dijo Walter que estaba aquí?

—Sí —respondió la mujer—. Es uno de aquellos cobardes que no me han dejado tranquila nunca.

—No sabes lo que haces, Anna. Está tu hija aquí y, como entonces, te diré que sí...

—No te molestes en amenazar —dijo Rob—. Pierdes el tiempo. Ha llegado tu hora. Te voy a matar para que no quede de los que hicisteis aquello

ni el rastro. Faltáis tres. Tú morirás ahora. A los otros dos les buscaremos pronto.

—Si supierais frente a quien os halláis, es posible que vuestro lenguaje fuera otro.

—Estamos ante un cobarde. Eso se ve, al mirarte.

—Ya no tendré más remedio que matarte. Luego, hablaré con Anna.

—No me asustas. Te lo he dicho muchas veces, y ahora que tengo a mi hija conmigo, menos. Me habéis asustado con que la mataríais. Ahora está aquí, a mi lado, y no será fácil hacer lo que habíais dicho tantas veces.

—Va a morir muy pronto, así que puedes dejarle que diga lo que quiera.

—Y no temas que yo me meta en nada —añadió Jerry—. Tendrás que enfrentarte sólo con él.

—Has cometido la gran torpeza, Anna, de provocar mi deseo de castigo a ti por tu actitud de estos años.

—Ahora no podrás hacer nada; amigo. Estás muy cerca de la muerte. Sólo espero para matarte a que marchen estas dos mujeres de aquí. No quiero que Anna presencie tu muerte.

—Soy yo la que quería matarle, así que no me preocupa verle morir.

—Hemos debido matarte hace tiempo, Anna. No sé cómo no lo hizo Brooken, cuando te escapaste a su lado. Le has dicho a tu hija que...

—¡Cobarde! —gritó Rob, dando con el pie en la boca del que hablaba.

Cuando las manos de éste se movían en busca de un arma, disparó Rob. Le dejó los brazos rotos.

—¿Qué te parece, ahora, tu situación? —decía Rob.

El herido blasfemaba y juraba, pero en sus quejidos pedía un médico.

—No te hace falta médico alguno. No necesitas mucha sangre para el viaje que vas a realizar. ¿No hay una cuerda por ahí? —dijo Rob.

En pocos segundos tenía ante él más de media docena de cuerdas.

—Te voy a colgar para que tu amigo y cómplice se dé cuenta de lo que le espera.

Y Rob empujó violentamente al herido hacia la puerta.

Los testigos salieron para presenciar cómo le colgaba.

Las mujeres quedaron en el saloon.

—Ya está —decía Rob, entrando.

A su lado, iba Jerry, en silencio.

Algo más tarde, el *sheriff* entraba, preguntando a Anna:

—¿Dónde están esos muchachos que han colgado a Patrick?

—Hola, *sheriff*. No tema, lo merecía hace tiempo. Ya sabe que le hablé de ellos.

—Es que no quiero que se cuelgue a nadie aquí. Nada de tomarse la justicia por su mano.

—No podrá evitarlo, en esta tierra de hombres audaces, y, si se opone, puede pasarle lo que le sucedió al *sheriff* de Seattle.

El *sheriff* miró a Rob, que era el que había hablado, y se puso muy pálido.

—Vaya... ¡Quién es el *sheriff* de Portland! ¿Y eres tú el que no quiere que se cuelgue a nadie?

—Escucha, Rob; yo no sabía que eras tú...

—¿Cómo has podido llegar a ser *sheriff* de ningún sitio? ¿Es que están locos en este pueblo, o es que tienen ganas de bromas? ¡Quién me iba a decir que te encontraría tan lejos de Texas!

—No debes tomar en cuenta lo que decía. No podía sospechar que se tratara de ti.

—¿Hace mucho que te han hecho *sheriff*? ¿Qué méritos hiciste para ello? Estoy seguro de que has disparado varias veces, demostrando que sabes lo que es un «Colt», pero no saben que eres más ventajista y cobarde que buen pistolero... ¿Dónde están los otros? ¿Vinieron contigo?

—¡No! —respondió el *sheriff*—. ¡Quedaron por Arizona, Nuevo México y California!

—¿Estás solo tú? No lo creo. Joan, pregúntale a tu madre si sabe que el *sheriff* tenga amigos íntimos que hayan llegado con él.

—Sí —respondió Anna—. Hay dos que van siempre como su sombra. Llegaron juntos, y les he oído hablar varias veces de Texas.

El *sheriff* miraba a Anna con odio.

—No son los que tú crees. Son amigos que he hecho aquí.

—¿Y qué es lo que hablas con ellos, de Texas? —dijo Anna—. ¡No mientas!

—Si fuera cierto que has cambiado de vida y que eres una persona como debiste serlo siempre, nada te diría. Pero me parece que no puedes dejar de ser

lo que has sido. No comprendo qué es lo que has podido hacer para que te entreguen esa placa.

—Se le eligió *sheriff* en una sesión de bebida y de acuerdo con un grupo que marchó al interior en busca de oro. Nadie quería ser *sheriff*.

—¿Qué tal se porta? —preguntó Rob.

—Será mejor que no diga nada. No quiero que me odie más de lo que ya me odia.

—Eso quiere decir que no se porta bien.

—No es malo para sus amigos —agregó la madre de Joan.

—¿Cómo son esos amigos de quienes hablas? —preguntó Rob a la madre de Joan.

Hecha la descripción de ellos Rob añadió:

—¿Y decías que estabas solo...? ¿Es que trabajan éstos? No lo creo.

—Juegan más que trabajan —replicó Anna.

—Lo que suponía, siguen como siempre. Ahora cuentan con la ayuda del *sheriff*. Ello les facilita el trabajo.

—Estáis hablando sin contar conmigo. No quieres hacer caso de que he cambiado de modo de vivir. Te olvidas de que no te he temido nunca. Además, que nada hay que temer de ti en un sitio tan alejado de Texas. Los rurales, aquí, no tenéis autoridad.

Jerry miraba, sorprendido, a Rob. Le había considerado como un pistolero siempre, y resultaba que era un rural.

—¿Es que eres un batidor? —preguntó Jerry—. No lo podía imaginar.

—Lo fui hace tiempo, pero me vi empujado a castigar a quienes habían matado a un compañero. La consecuencia fue que hicieron pasquines con mis características.

—¿No lo saben en las oficinas centrales de los federales?

—¡Ya lo creo, pero tenía un gran enemigo allí! No dijo una palabra, y todos me consideraban nada más que un pistolero...

CAPITULO X

—Eso indica que nada he de temer... —decía el *sheriff*.

—Nada tiene que temer del rural, pero mucho del pistolero.

Los ojos del *sheriff* se alegraron, y Rob se dio cuenta de que acababa de entrar alguien, aunque no miró fijamente, porque sabía que el enemigo era de mucho peligro.

—Pero ¿qué es esto? —dijo el que había entrado, colocándose a la espalda de Rob—. ¿Es posible que haya venido tan lejos este rural?

—No te pongas a mi espalda, Buick.

—Ya no es rural —dijo el *sheriff*—. Resulta que se ha convertido en un pistolero.

—Tenía que terminar así —replicó el que acababa de entrar—. Le gustaba mucho oprimir el gatillo, pero no ha tenido mucha suerte al llegar a esta ciudad.

Jerry estaba pendiente del que hablaba.

Rob, seguro de que Jerry se encargaría de él, no se preocupó más, y dijo:

—Es posible que quienes no hayáis tenido suerte seáis vosotros.

—Sigues tan fanfarrón como cuando eras rural. ¿Es que no te das cuenta de que estás a nuestra disposición? No te puedes enfrentar con una autoridad así, es natural que el *sheriff* trate de castigarte, y que yo le ayude, como hombre amante de la ley...

—Lo has hecho siempre. Ahora es él quien os ayuda para que no seáis emplumados por ventajistas.

—Me estoy cansando, y no creas que voy a tardar mucho en disparar.

—Por la espalda, te creo capaz de hacerlo.

—No temas, demostraría tener poco sentido —dijo Jerry—. No lo intentará.

Las palabras de Jerry sorprendieron a Buick.

—Será muy sano para ti, forastero, que no te metas en esto.

—Han venido juntos —dijo el *sheriff*—. Son los que han colgado a Patrick.

—Entonces, hemos de tener cuidado con ellos, ¿no? —Y se echó a reír.

—No lo tomes a broma. Son dos peligrosos enemigos. Ya conoces a Rob.

—Os he dicho muchas veces que, frente a mí, es un niño. Y me alegro que se haya presentado la oportunidad de demostrarlo. Todos le temíais.

—No te fíes de su aparente inferioridad —decía el *sheriff*.

—No es de él de quien tienes que cuidarte —advirtió Jerry—. Sino de mí. Soy el que disparará sobre ti, llegado el momento.

Jerry pensó en el amigo del que había colgado, y quiso que la situación creada con el hallazgo de los conocidos de Rob se aclarase antes de tener que hacer frente a nuevos enemigos.

—Si tienes tanta seguridad de que Rob es un niño frente a ti, y yo le considero muy superior a mí, te será fácil terminar conmigo, porque te voy a llamar lo que sin duda eres: ¡ventajista y cobarde! —dijo Jerry.

—Te he dicho que no te metas en esto y que...

—Repito que eres un cobarde y que, si no te defiendes, dispararé de todos modos sobre ti, y no por la espalda, como ibas a hacer con Rob.

En un breve movimiento de Rob, se colocó de forma que podía ver a los dos.

—¡No te preocupes de él, Jerry, ya lo veo!

—He dicho que voy a disparar sobre él, y no me gusta que se dude de lo que hablo —replicó Jerry, muy serio.

—Está bien... Puedes matarle...

—Pero ¿es que estáis locos? Están disponiendo de nuestras vidas como si se tratase de algo fácil.

—Para nosotros es lo más sencillo —dijo Rob—. Has tenido la desgracia de enfadar a Jerry. Ya no hay quien te salve.

—Estáis tratando de distraernos, pero nada conseguiréis con ello.

—No te fíes demasiado —intervino el *sheriff*—. No era un niño Patrick, y ha sido colgado después de que le rompieron los brazos de dos disparos.

—¡Yo no soy Patrick!

—¿Te defiendes? —inquirió Jerry, como si estuviera preguntando por algo que no tuviera la menor importancia.

—Tan pronto como vea que haces un movimiento...

—No seas niño. Cuando veas mover mis manos, caerás muerto. Es mejor que trates de ser el primero que dispare.

Para los testigos, este modo de hablar no podía ser concebido. Le estaba diciendo que tratara de sorprenderle.

—Eres un tipo curioso.

—Tengo confianza en mi habilidad.

—¿Has pensado que puedo superarte?

—Eso, perdona, no es posible.

—Creo que me va a dar pena matarte.

—¡No te fíes! —gritó el *sheriff*, al tiempo de que sus manos buscaban con una gran rapidez sus armas.

Pero los dos cayeron, víctimas de los disparos de Rob y Jerry.

Una exclamación de sorpresa salió de los pechos de los testigos.

—Eran los cuatreros más peligrosos que hubo en Texas. Me hicieron rastrear mucho sin éxito. Contaban con amigos entre los ganaderos que les temían. Ha de haber más con ellos. Desaparecieron todos de allí.

—No me ha gustado nada el *sheriff*. Y estaban haciendo dinero con el juego —comentó Anna.

—Era lo que menos podía pensar. Ya no me acordaba de ellos.

Empujando a los que estaban cerca de la puerta, entró un hombre que, al ver a los dos cadáveres, se detuvo, pero dijo:

—Anna, ¿qué ha pasado para que Patrick haya sido colgado?

—Al parecer, lo merecía... —respondió Anna.

—¿Quién lo hizo?

—He sido yo —respondió Rob.

Le miró quién hablaba, y añadió:

—No te conozco.

—¿Amigo tuyo? —inquirió Rob.

—En efecto... ¿Por qué lo has hecho?

—Ya te lo han dicho, merecía una fuerte corbata de cáñamo.

—Has tenido que sorprenderle.

—Te equivocas.

—¡No puedo creerlo!...

Joan, mirando a aquel hombre, dijo:

—¿No recuerdas de un rancho en Bakersfield?... ¡Mírame bien!

Así lo hizo aquel hombre, que finalizó por encogerse de hombros, mientras decía:

—No sé de qué hablas...

—¡Sigue mirándome! —exclamó Joan—. Era una chiquilla.

—¿No recuerdas de un rancho en Bakersfield?... ¡Mírame bien, porque te voy a matar!

Aquel hombre frunció el ceño, preocupado, mientras contemplaba a la joven.

—¡No esperabais que viniera nadie a castigaros por aquel crimen! ¡Pues aquí estoy yo! ¡No mires a éstos! ¡Soy yo la que te va a matar!

—¿Qué es esto, Anna?

—Es mi hija. Aquella niña a la que empujasteis cuando marchábamos de mi casa.

Rob miraba, sonriente, a Joan, y estaba pendiente del que pedía cuentas por la muerte de Patrick.

—Es bonita tu hija. Lo que no comprendo es que la dejes que me provoque de este modo, porque aun siendo mujer, como habla de que me va a matar, tendré que defenderme, y dispararé a terminar con ella para que aprenda.

—Eres demasiado cobarde, pero esta vez no te valdrá de nada —dijo Rob—. Ella disparará sobre...

—Veo que sabéis hacer las cosas. Vosotros me distraéis, y ella, con el «Colb» que tiene empuñado, dispara sobre mí.

—No necesito que nadie te distraiga. Es cierto que tengo empuñado el «Colb», pero me gustaría que pudiera tener a mi alcance un cinturón para demostrarte que puedo jugar contigo. Me he preparado muy bien antes de venir a buscaros. Lo que mereces es que se te cuelgue, como han hecho con el otro. Te dejaré los brazos rotos también.

—Habla a tu hija, y dile que no sea loca. Tendré que matarla.

—¡No podrás hacerlo! —gritó Anna.

—¿Que no?... ¡Verás!...

Dos disparos cortaron el viaje de las manos a las armas.

Los dos brazos pendían a sus costados.

—¿Te has convencido cómo podía jugar contigo?... ¡Ahora, ya le podéis colgar!

Rob y Jerry, sonriendo, pidieron una cuerda, y, como antes habían sobrado varias, que estaban aún sobre una mesa, cogieron una.

El herido, al darse cuenta de que era cierto que le iban a colgar, echó a correr hacia la puerta.

Dos nuevos disparos le arrancaron ayes de dolor. Tenía las piernas rotas también.

Era Joan la que había disparado, demostrando, con ello, que sabía manejar el «Colt» con rara habilidad en una mujer.

—No quiso creer que le hablaba en serio.

—¡No me matéis! —gritaba el herido.

—Sólo queda uno —dijo Joan— y he de ir a buscarle a Helena.

—No, nada de enfrentarte a Brooken —decía la madre—. Es el peor de todos y sus manos las más peligrosas.

—No te preocupes. Me parece que sería capaz de enfrentarme a estos dos y son lo mejor que ha habido en esta parte de la Unión.

—Y nos vencerías —dijo Rob.

—Ya lo creo —exclamó Jerry.

—Sé que es muy difícil, pero no sería sencillo para vosotros tampoco.

Los dos se reían.

—No me colguéis...

—Habéis cometido un delito demasiado grave para que se te pueda perdonar y, además, querías matar a la muchacha —replicó Rob.

Éste fue el que se encargó de colgarle.

En el saloon no se hablaba de otra cosa.

Los dos amigos fueron rodeados de curiosos y admiradores.

También Joan era admirada por la seguridad que había demostrado en sus disparos.

La más admirada y sorprendida era su madre.

No se explicaba que pudiera ser tan hábil con el «Colt».

—Me ha costado muchos meses de práctica, pero quería estar en condiciones de poder castigarle personalmente —decía Joan a su madre.

* * *

Había sido trasladada la capital a Helena y en las calles había muchos forasteros, en virtud de las fiestas anuales que se celebraban y que iban a tener mayor relieve, porque se celebraba el triunfo de la ciudad sobre otras que aspiraban a ser la capital del territorio.

Anna había ido, con su hija y con los jóvenes que les acompañaban.

El saloon pasaría a poder de Pamela.

Le habían escrito para que vendiera el suyo, y saliera para Portland.

Pero acordaron al fin que irían a verla sobre todo por Betsy que esperaba a Jerry para casarse con él.

No sabían en qué parte de la ciudad estaba trabajando Brooken, pero como conocían su profesión, no les sería difícil dar con él.

Se encargó Jerry de hacer las averiguaciones, y no tardó en saber que trabajaba en la casa del gobernador, donde se estaban haciendo planos del territorio.

Era una verdadera personalidad, ya que era el jefe de los topógrafos.

Por casualidad se hallaba en la ciudad a la que había ido para las fiestas.

Se informó, también, del local al que solía acudir, y a él se encaminaron los cuatro.

Era una especie de club, en el que se daban cita los personajes del territorio.

Anna, que estaba sentada a una de las mesas, vio entrar a Brooken acompañado de dos caballeros y de unas damas.

Por el rostro que se le puso a ella, comprendieron los dos amigos que el hombre buscado estaba entre el grupo que entraba.

Joan se dio cuenta también y al mirar con atención a los que iban con aquellas damas, dijo:

—¡Allí está! ¡Es aquel que tiene el cabello un poco canoso por las sienes!

Su madre la miró, sorprendida.

No creía que pudiera recordarle.

—¿Es aquél? —preguntó Rob.

—Sí —respondió Anna—. ¡Él es!

Rob se puso en pie y se encaminó hacia los que acababan de entrar.

Jerry iba detrás pero se detuvo al oír decir en voz alta:

—¡Jerry!

Miró al que le llamaba y palideció intensamente.

Se trataba de Quitman. El hombre que le había traicionado y que asesinó a unos detenidos para echarle la culpa a él.

Jerry había enviado el documento que consiguió a su familia que era lo que le interesaba.

De una de las mesas se levantaron dos caballeros.

—¡Jerry! —volvió a llamar Quitman—. ¡Qué sorpresa! Hace mucho que no nos veíamos. Nada tienes que temer por aquello.

—Nada temo por nada. He sabido la verdad de lo que pasó entonces. Eres un cobarde y un traidor, Quitman. Fuiste tú el que asesinó a los detenidos para echarme la culpa a mí. No extrañaría a nadie porque era partidario de emplear más el «Colt» y lo sabían los superiores. Y te decías amigo mío. Los que te ayudaron han muerto todos a mis manos...

Quitman retrocedía, asustado del rostro de Jerry.

—No es posible que me creas así.

—¡Tratar de convencerme es inútil, Quitman! ¡Eres un ser despreciable!

—¡Yo no intervine en aquello!

—Repito que eres un cobarde —dijo Jerry, con serenidad—. Tú ordenaste que asesinaran a los detenidos para que, al culparme, fuera castigado.

—¡No es cierto!

—¡No me convencerás de tu inocencia, por mucho que chilles! —replicó Jerry—. Lo que no he comprendido es la razón de ese odio... ¡Siempre te había considerado un amigo!

—¡Y soy un amigo! ¡Te aseguro, Jerry, que estás equivocado!

—Sé que fuiste tú, y sabes lo que te espera.

—Debes escuchar y creer lo que digo... ¡No intervine en aquello!

—Debes prepararte a defenderte, no pienso perdonarte.

—¡No seas loco!

—Locura sería dejarte con vida... ¡Eres despreciable!

—¡No puedes matarme...!

—¿Quién lo evitará?

—¡Si disparas sobre mí, te convertiría en un huido, porque estoy aquí de servicio, como inspector de federales!

—Te voy a matar, Quitman. Eres un cobarde, que no puede seguir viviendo.

—¡Quieto, Jerry! —gritaron los que se habían puesto en pie—. Es cierto que Quitman es el que hizo aquello por otros asuntos más graves.

Fue Jerry el que disparó evitando que Quitman lo hiciera sobre ellos.

—Gracias, Jerry —dijo uno de aquéllos, impresionados aún por el miedo pasado—. De no ser por ti, nos habría matado a los dos.

—Querrás decir a los tres —añadió Jerry.

Los testigos se miraban entre sí, sorprendidos.

—Tranquilidad, señores. No tiene importancia. Iba a ser detenido, por muchos delitos que cometió, escudado en su condición de inspector de los federales. Y este que le ha matado es otro inspector federal, que esperan se reintegre a su cuerpo... ¡Tu familia te está esperando hace tiempo, Jerry!

Los ojos de Jerry estaban llenos de lágrimas.

FINAL

Entre los curiosos estaba Brooken.

—Míster Brooken —dijo en voz alta Rob—. ¿Se ha fijado en lo que ha pasado con ese hombre? ¡Es lo mismo que le va a suceder a usted...! ¿Recuerda un rancho en California del que arrancó usted con amenazas, a una mujer casada, y se llevó todo cuanto había en él...? Llegó a ese rancho para hacer unas mediciones y levantar unos planos...

—Deja que sea yo la que le hable —decía Joan, acercándose—. ¡Fíjese en mí! ¡Soy la hija de la mujer que sacó con amenazas, y he jurado que le mataría!

Anna apartó a su hija y miró a Brooken.

Éste, que comprendió lo que iba a pasar, no quiso esperar a que se hablara más, ya que con ello se demostraría que era cierto lo que estaba diciendo, y movió sus manos, con la peor de las intenciones.

La sorpresa de todos fue comprobar que había sido Joan la que disparó, matando a Brooken.

—¡Ésta es la razón por la que me vestí de *cowboy*! —decía Joan.

La madre, llorando ante el recuerdo de tanta desgracia, informó a los testigos de la clase de canalla que era Brooken, a quien todos tenían por un perfecto caballero.

Al ser informados de la verdad, justificaron su muerte, entonces.

* * *

—Hace muchos meses que no sabemos nada de Jerry y de su esposa.

—Creo que los negocios de madera van muy bien.

—Ella no quiso que volviera a los federales.

—Tampoco él. Habían dudado, y no se lo perdonó a ninguno.

La madre de Joan se acercó a ellos, diciendo:

—¿Es que no os acordáis de que tenemos invitados?

—Ahora vamos. Es que echamos de menos a Jerry y Betsy.

—No tenéis que pensar más en ellos. Acaban de llegar. Les escribí con tiempo para que hoy estuviera aquí.

Los dos esposos, Rob y Joan, corrieron al encuentro de los queridos amigos.

Estaban en el rancho de Anna, y Rob había dejado de ser el pistolero temido para convertirse en un ganadero importante y estimado.

F I N

El suspense más
«insoportablemente» atroz...
El misterio más apasionante...
La acción más desenfrenada...

Hallará siempre todo ello en
los relatos policíacos de la
popularísima COLECCION



PUNTO ROJO

¡Reserve con tiempo su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA